

Antología de Ivette Urroz



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

Este libro se lo dedico a todos mis compatriotas Nicaraguenses

Sobre el autor

Ivette Mendoza Fajardo

Nacida en Managua, Nicaragua América Central

Índice

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes

Trance al anochecer

Sobre tálamos desgarrados

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado

La música de la muerte rencorosa

Enciendo una marea de callada vanidad

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico

Me gusta saborear frutos prohibidos

Ondulación del silencio neonumeral

La epidermis púrpura

Un atril de insomnio erra intranquilo

Clausuradas las justificaciones

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón

A buen recaudo, el umbral sereno

Al pie de la letra guían nuestros santuarios

Estrella abogada como buen samaritana

El ave desobediente que penetró en mi mente

La divina molécula de colosal travesura

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor

Pereque de tierra natal

Besos de Fuego

Con la blandura de mi alma

Naciendo torcidos, sin estrellas, los marañistas manantiales

He contemplado la sombra de un loro
Se enrosca el arco tirante del alba entorpecida
Reconozco el eco silencioso del abismo
Las voces me arrastran, como ríos sonantes
En el crujir de teoremas universales
Supuración de lágrimas brunas y brumas fúnebres
Resuena el clarín y brama
Me asemejo a una gruta de dulzura planetaria
Los vientos convulsivos ocasionan una tormenta
Como chirolas abismadas a la oscura bóveda celeste
Cae la brizna bruna, pegando un jonrón
Soy tu pilar del anhelo de sueños y cobijas
Haciéndote humo en el laberinto de mi memoria semántica
Llamada telefónica afónica
Mascado y aventurado en el vaivén de las olas
En el surco de los remolinos taquigráficos
Adivinador, adivino lento de carromatos cargados de penas
Duermo sobre el vértigo de la madrugada
Constelaciones de juguetes
La mecánica cuántica del sueño astral
Sol bruñido en nocturnidad dorada de melancolía
Como mares de rocas en armonías mecánicas,
Bajo la luna temerosa
La brida de mi destino
La silueta de mi existencia me abarca

Acero espantado en la noche

Ciervos cazadores de sustantivos vencedores

Brillan las copas de Merlot en sueños dinamitados

Qué extraño es girar en encantamientos imperfectos

Escriben las voces que desgarran mi soledad

La holgura fuliginosa de un ingenio

Aurora fantasiosa en arrullos hechizados

A manos frías

La frígida mañana de filosas garras

Taciturna estrella

El acalorado monograma y la vieja mandolina

Vestidos de mi ser que llevan mi fragancia

Un otoño descolorido

Eras un refugio cálido para cualquier corazón incipiente

La fatiga fatigada

El verbo rubicundo

Una manzana afable cruza las mañanas rabiosas de papel

Sordo lenguaje de valentía funeral

El acordeón halagüeño

El soplo de la noche felizmente rimada

Corazón de guitarra

La diosa de la sabiduría

Sombras lampiñas

El guijarro engastado

La serenidad verde de las hojas

De torbellino en torbellino

Todo lo marchito arde en el valle de la locura

En la hipérbole de la mañana

Bajo la sombra de la duda

Oda al piropo tropical

El dominio olvidado

Erosiones del destino

Desnudo el tiempo

El Pulso Angular del Ensueño

Anteojos de la indiferencia

Calles de la memoria urbana

Cánticos de mármol y lluvia

Crepúsculos del Albor Inmortal

Fortín Micénico del Horizonte Medioambientalista

Caminos de un látigo Montaraz

Circuitos de sueños del ordenador

Manga de Recreos y Túnica Agridulce

Membrillo y Junco en la Elíptica Celestial

Trucha Guerrera en el Crepúsculo

El Semáforo de la Nostalgia

Anarquía de los Nenúfares

Dentelladas de una Memoria Fugaz

El Encantamiento de la Noche Fluorita

Píxeles y Purificaciones

Partículas en Colisión

Mercurio y Escándalo: Las Lágrimas del Estruendo

Arquitectura Sintética del Crepúsculo

Sinapsis del Presente

El Legado del Faisán

Hebra Líquida de Menta y Resina

Versos de Arcilla y Neón

Garúa de Hierro

Birrete del Tiempo

Soles Pugilísticos

Sarcasmos branquiales

Destinos y Medialunas

Entre Inyectores y Hogueras

Roma en la Claridad Virginal

Traspasar la Puerta Membranosa del Silencio

Vientos Digitales

El Heliocentrismo Devorado

Longevidad militarizada, paradójicamente

Cantos del Mundo Manso

Retrato de un Alma Agolpada

Encrucijadas de Látex y Latitud

Pestaña de Luz y Sombra

Concavidades y Estrafalarios

Del Olvido al Firmamento Numulítico

Vestigios del Torrente Seductor

Desde el Periscopio del Lazarillo: Visiones y Batallas

Aullidos Mesiánicos y Caricias Samurái

Curvímetros del Amanecer

Lánguidas Ventanas al Pasado

Pentagramas de la Sombra

Silencio Codificado: Ruidos y Espejismos

La Sinapsis del Silencio

Guardianes de la Luz y Sombra

La Noche Monigote

Espectros del Vacío Libertario

Siglos Digitiformes

Majestad de lo Efímero

Barranco Manirroto

Humo a Humo Empinado

Parpadeos del Desencanto

Protones y Pulmones: Puntos Reclusos del Mundo

Disputas Monospermas

Ignición del Desvelo

Arcaica Afonía

Humor isomórfico

Inventarios del Delirio

La Quirina Vieja y Gozosa de Vida

Fragmentos Otoñales

Castañuelas que Fuman Mareas Ambarinas

Pausas Humedecidas y Acuarteladas

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes

en la abundancia matriarcal o en la carencia relativa de las cosas,

tranquilidad para atisbar el leve giro no gravitacional de lo invisible.

Un giro apenas simulando la hipotética razón, ¿De Anaximandro?

cuando la substancia y la forma del todo y nada acaricia tus dedos,

revelando el aristotélico abismo profundo del ser o no ser ¿o el de luz?

Retener la sombra astral al impulso de mi cuerpo,

aunque el viento sutil en recordación libre,

como un guía, le prometa alas para alzar al infinito a una eternidad absoluta.

Sentir la parálisis de los músculos, al canto libre

preparados para el salto cuántico, ¿Cuál será su última morada?

escuchar el zumbido de las abejas contra el profundo anochecer,

el aliento sin caída libre entrecortado en la carrera de sus vibraciones

más lúcidas, ¡Oh temporal derecho que me haces mi noche demencial!

Como un relámpago, deslizándose en el aire, rayería índigo en su espectro

de revivir el uno con el todo.

Trance al anochecer

¡Con qué excesiva conspiración
se alza el alba hirsuta en hontanar!
lenta, esparciendo sus quimeras traicioneras,
donde las esdrújulas tenebrosidades se esquivan
con una calma flemática, un retiro capital deliberado,
desde la guarida más alejada de un espejo
negado confianzudamente,
reformando epopeyas y dominios sin confines,
sin la misericordia de un sueño lúcido astral, sin prodigios.

¡Con qué secuencia fomentada,
mutan los talantes en caídas libres!
Los perfumes helénicos se evaporan a colores,
los riachuelos, desposeídos de su majestad, concluyen su canto;
y la ciudad en el montículo de la palabra se disuelve. ¡Y la ciudad
en la cuerda indelicada se desvanece en el aire!

¿La luz que sufre de amor se lanza al azar?
persevera unilateralmente hasta el agotamiento,
ilumina, da primero alcance, seduce formas diamantinas
y no existe mayor primor catapultado
que su relato migratorio expuesto, que sus extravagancias
en un retroceso de dicha constante, sin amnesias oblicuas,
sin vestigios ciegos de trigonometrías implícitas.

¿Con qué precisión inmovible, ineludible,
asciende el tiempo decoroso en sus deslumbres,
sin avasallar las penumbras que salen de sus cuerpos,
y se precipita hacia el abismo al subir hacia arriba de su eje metafísico,
como un espectro cautivo a su propia miopía trasgresora,
con su luz germinal incendiaria
sobre este dominio inconsecuentemente dormido
donde todo se ejecuta,
con exactitud inmutable, resuelto, absolutamente celestial
sin desvaríos cáusticos, poseídos, ineludibles

como este preludio que me poseyó en un trance al anochecer.

Sobre tálamos desgarrados

Sobre tálamos desgarrados,

plumas de la obsesión centrípetas

desprendidas del vuelo pitagórico del tiempo,

mi pluma pensativa danza a ras del cielo?

como una ley monástica eterna

del caravasar de los trotamundos.

Aunque mis manos se entierran etéreamente,

mi alma envuelve el zurrón de perfiles virtuales

preparada para el éxodo indiscutiblemente fiero.

¿No dicta acaso la prudencia mi paso en giro malogrado?

Mis huesos de marfil, fraguados en el yunque de la vida,

recogen el polvo dulce de la creación en Do mayor

en las esquirlas de dolor sin aura comprometidas

que un día sostuvieron tu descanso;

¿Es acaso cuando mi soledad se funde como

dentro de la fotosíntesis tornasoladamente ardua, en mí?

reluctante, apasionada, imaginada y silente a brotar

para que mis ojos la reciban calmadamente emancipada,

y me sacudan las entrañas como brisa sin clemencia.

¡Oh, duelo aristotélico, fluye en el timonel del infinito

como el magma lento en suprema encrucijada!

por cavernas desdeñadas ocultas de mi luminoso ser.

¡Qué magistralmente se han entrecortado los hilos,

manipulados desde la sombra de manera anhelada!

Solo me resta, me suma, me responde que en cada

amanecer, me levanto

y sello el paso hacia la luz precavida de rayos inciertos.

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado,

nunca retornan las sombras del tacto de los revoltosos,

para desenmarañar el laberinto de Tales de Mileto

de la esfinge velada y demacrada que no avizora.

¿No se desvanece acaso el mito, dispersando

su esencia entumecida en otra sindéresis hacia la mar?,

y bajo la luminosidad del orfismo de mis cenizas, nadie

con la caricia cartesiana del olvido recurrente redime mi ser.

¡Erguido el estandarte de los pitagóricos ya que yo nunca

vislumbro su sombra progenitora!

El resuello helado ciñe y sofoca

como un susurro libertario de fiebre capciosamente frívola,

y en la penumbra de su penitencia reposa y teje germinativamente

el ensueño de mi espada mutantemente perdido hacia el infinito.

No abandonaré ni un instante de muto sosiego

de aquellos ecos sigilosos que incesantemente me cercan.

Un orbe de cataclismos rizomatoso y menguante enfurecido, errante,

rastrea numen de idealismo oscuro más allá de Vías Lácteas.

¿Dónde vagabundea mi alma en matices de rimas arrinconadas,

sino en el abrazo terco del frío tropical,

entre sombras de ciencias empíricas y perpetuas?

La música de la muerte rencorosa

La música de la muerte rencorosa,

un nicho inclemente de sumisiones,

donde un tacto desvalido mide sus ansias.

Retoco un fruto amatista con despecho,

hacia el sándalo que encendió tu cuerpo de astro.

¡Fue deslumbramiento de amor, cruel su sentido!;

muerte que agarró, soltó, empalagó

entre vainas dóciles de santo dolor.

Blanca estornudes en matices perdidos,

en la pasión de la conciencia del limbo,

de sombras vírgenes y silencios castos

según la danza de la vida que la domina

en un átomo de comprensión larguísima.

El tornillo la embriaga lenta, inmóvil,

salta el monumento y motor rumiante vivo

de la rotadora sombra perdida.

Laceración de redondez doblada,

mano molecular de bocas generosas,

filo de la sombra tutelada de pecado.

Empieza de pie en la constancia musical,

¿tu sortilegio la noche unigénita de merecer

abre para el vuelo intransigente del mundo?,

donde duele la soledad de tu luz.

Enciendo una marea de callada vanidad

Enciendo una marea de callada vanidad,

y germina la extremidad de mi alma pujante.

Sobre el éter, ¿acaso no es una numismática danza?

¿O quizás la esfericidad resplandeciente del iris pelagroso?

Asciende mi ojeada, rasgando los abismos oscuros,

que separa la desobediencia de mi cuerpo

y se emancipa allá, en la apoteosis de cada

lamento geniculado.

¡Oh, es que resides en mi umbral despilfarrado!

Y yo, ignorante de tu aura agujereada,

es que navegan en mi ser todas las cosmogonías,

y ahora, con urgencia, tañen mi luz acicalada.

¡Cuánto dolor puede ocultar la vanidad silenciosa!

Enciendo una marea de callada vanidad y brota

tu esencia, tramada con el manto nocturno de Eneas.

Todo se yergue tan próximo, a una tenue agonía

de espacios cuadrangulares y energéticos,

más en verdad, nos aterra, nos espanta, nos aísla

profundamente descubrirlo, vibrante como un

grito en la oscuridad.

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico
de sombras nebulosas,
ronda la melancólica figura de la autocrítica,
volando tramas de materia eterna y núcleos astrales,
desciende hacia abajo entre gozos y espinas dolorosas,
con mi alma que, sollozando, tu nombre de valor axiomático
murmura incansablemente.

En la penumbra ciega y pensativa busqué llegar sorpresivamente
al destello inquietante de tus ojos pardos,
con la esencia relativista de un carmín paradigmático embriagado,
encontré en regodeo tu amor desolado de ilusiones nocivas, amables.
¡Oh, los versos de Neruda con derecho a libertad sollozan solos!,
desventuras y recuerdos en el matiz de Afrodita suspendidos,
desafiando la gravedad con desoladas y deprimidas flores castañas,
en un ritual de muerte con amor alucinado, nos desvanecemos.

Cuando el enunciado normativo sugiere escribir alabanzas,
sus lágrimas trucan cada segundo sempiterno y al suelo caen,
como un eclipsado manantial, agresivas naturalmente.

¿Dónde quedó el ayer de amores mutuamente interconectados
al grito de un modo armónico y un presente plagado de
materializados recuerdos?

¡Oh, cuán profundo es el vacío asimétrico dejado por tu amor!

Me gusta saborear frutos prohibidos

Me gusta saborear frutos prohibidos, como Eva, la divina
manzana que degustó en el paraíso del Edén.
Caer rendida en brazos del pecado, retozar, caminar
por ese paraíso astral, y saborear la cicuta de tu esencia,
juntando nuestras almas, si juntándonos nuestro
rutilantes universos de amor y de lujuria.
Sublevación de libidos sin culpas ni reproches,
donde nunca se consumen las velas del deseo,
candor de kundalini, deslumbre en los aureolados sueños;
en sábanas ataviadas, se tejen arrebatos y locura, ¡Fuego eterno
en tus labios!
¿Quién dijo que en calma quedara la llama de la foresta?
Tierra explosiva de sensuales fantasías, llévame al hálito del

castigo, ¡oh amor envuélveme en el follaje frondoso de tus ansias!

Atrapando auroras, para que los recuerdos vuelvan

a danzar con el exótico ombligo de asombros y de gozos.

Entre la noche serena y el clamor del día, danzamos en los

laberintos verdes del amor.

Lunas acompañándonos en prístinas soledades, el primer gemido

lo anuncia el silencio, el suspiro en tu mirada cuando apenas

somos carne dentro de un solo espíritu libre, para cantar mundos

distintos, para cruzar las alboradas de nuestros corazones.

¿Dentro de flores transparentes habrá noches oscuras?

Pensamientos de paraísos que solo el alma reconoce, los soles

de tu sombra los desnuda, como gacelas heridas alejándose

de horizontes vacíos y helados.

Ondulación del silencio neonumeral

Ondulación del silencio neonumeral

ni dogales del relámpago

ni cuervos chiquilicuatros impasibles

ni siquiera seres de contorno ambiguo

sólo un gran silencio fantasmal

una pausa exánime color amnesia

un anillo de espejos circulando

a ras de cosas animadas,

una hoguera pensativa equinoccial

para resquebrajar y redescubrir

el presiento estampida de la niebla,

la entumición de su cámara secreta

para surcar escollos indómitos en la nada

quizás en la imprevisible línea de su

sombra canicular que emerge desde la

inmediatez musicalizada hasta la distancia

palpitada por un reloj despierto,

casi perdiéndose en

los ceros insoslayables concediéndole alas

roturadas de inquietudes achacosas.

La epidermis púrpura

¿Por qué la epidermis púrpura del manto rebosante
no envuelve el Partenón estrellado de mis reliquias
benevolentemente?

Mis huesos calcáreos cercenados de vientos clandestinos,
su gis aún firme en lontananza circularmente hacia la
alienación de una brújula mamífera.

¿por qué ante manos insaciables se
derriban islas en las entrañas?

¿por qué ante semblantes marmotas se desvanecen
en el furor letárgico de sus pensamientos
de junio endiosado?

¡Monarquía soberana de retornos cerebrales!
con el perdón de zurcir incomprensiblemente
en la penumbra de mi templo sombrío arrebujado
de briza seminal, y ahora su incomprensión de nudo
dantesco cabalgando en nombre de Don Quijote de
La Mancha, hasta la desnuda distracción incidental al,
boceto indefenso de perturbaciones amaestradas.

¡Oh derrotas narcisistas cayendo en el torso parvulario!

¿Qué más quieres vestir mi alma con el plumaje
moribundo del mundo hasta agotarla insaciable
de sus noches oscuras de blanco desamor?

Un atril de insomnio erra intranquilo

Un atril de insomnio erra intranquilo, y es una calistenia
sonrosada de ojos de miel que toca el clarín del tiempo
¡desbalanceando el dialecto de sus malhechores noctámbulos!
Son cuatro, y en el epicentro de su desmejorada atención,
una armonía de exhalaciones ahumadas de catetos índigos,
surcando los restos del mutismo de mañas cabalísticas,
entre sabores furtivos de indolencia y somnolientos atardeceres
que atragantan los últimos y vanos suspiros de mi mente desabrigada
de sueños escolásticos y vagabundos de misiones temperamentales.
¡Y rotan, todo rota, todo se bambolea al estruendo de salamandras
de almas sensibles y conciencias despiertas!
La devoción, un susurro de ninfas virtuales
y son la espera de la vida
o quizás la fatiga teatral del encuentro y el tedio de su macula casual,
los distancian, saborea lentamente su entorno, como raquíptico espaviento
agasajando ideales de doncellas cantoras que atizan y
desparraman universos de sedas y tafetanes, risueños de dolor.
¿Será que carecen las horas, en días interminables de templanza?
¿O quizás les atribuyen distancia en el tiempo de un futurístico Big Ban
que ve el brote de mis versos dentro de mis entrañas?
¿Qué explicaría Aristóteles de nuestra errante búsqueda de sentido?
¿Por qué el universo nos deja en esta danza de perplejidad y deseo?

Clausuradas las justificaciones

Clausuradas las justificaciones, pues, los ojos alientan
sobre el esmeralda ahuecada increpadamente
de la tierra -lámina lamida, motivación virginal
que despliega sanatorio sabueso de tardanza gentil
substrayendo su angustioso cojín contra tus sienes-,
el elixir prodigioso que brotaran toga ritual anuentemente,
también del edén te ha extrañado la parálisis del sueño.
¡Ah, calamitosa profecía de soledad atrincherada!
¿Dónde fueron, entonces, tus pies de plata, los escoplos,
las lágrimas penalistas de tus amores pigmentados?
Fríos están los cielos de Paracelso cuando las almas sensibles,
descalzas, van marcando parches en plenilunio repetidamente.
¡Oh, qué maldición oculta tras cada astro en fuga!
Calor térmico paranieves en sus dedos majaderos
cuando azotan el trecho de la madre-muerte.
Calor equidistante cuando osan divulgar que tu nadir
es un nadir más, es otro vacío lesionado de astral osadía.
Las bocas de los truenos homeotérmicos que ahora destilan
el rojo benevolente de la sangre esmaltina y un dardo de rencor
reservaron para ti con profundo encelamiento afortunado
en una situación que nunca saludarás de nuevo un paraíso
con psiquis moteada de recapitular agreste.
¿Qué destino proroga en el quicio de tal tenebrosidad?

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón, surge

una voz esquiva con cara y cruz que repica

desde una gruta oscura, braceando en el aire, como Dios manda,

posándose en la melancolía como un soplo divino de presagios,

hendiendo la penumbra que se encoge de los hombros por lo gris

de los atardeceres.

Muestra los dientes en un torbellino de aves donde

se encuentra la melodía entrando en la materia casual de la astucia;

el vértigo indómito de mi garganta escupe al cielo, y Sócrates

divaga, conjetura, encumbra, enaltece

la arquitectura del baladro, la precisión del alma débil

del sonido insaciable.

En la distancia, Platón, en la cuadratura del círculo, asciende y

asciende por el alba a la hoguera de los atlantes,

vigorizando el cauce de la madre del cordero,

como si un tsunami apocalíptico

recorriera la manzana de la discordia de la memoria,

desenrollando el velo del tabú secular de la historia.

Aquí está la alienación astrolábica de la tristeza,

midiendo la perpendicular de la noche, su medida indescifrable,

y en la otra cara de la moneda sus destinos ocultos, mientras

la duda despilfarra sus pretextos.

¿No es acaso Anaxímenes de Mileto quien cruza el borde

del infinito,

sino una dulce idea que la parálisis del sueño no captó,

varada en la panacea del mundo que, pese a todo, sigue

perdiéndose en el vacío,

mientras su plataforma etérea se atrinchera entre las piedras

de la muerte y su substancia emocional?

A buen recaudo, el umbral sereno

A buen recaudo, el umbral sereno
grita a corazón abierto sus gentilezas
y llega sutil y dulce a su vejez de varicelas.
Ni materia contradicha ni alma a sangre fría.
Portaba la inclinación cleptómana de un navío,
doblemente ciego, y una luz de alba de inercia neuroléptica.
No era cadencia de prejuicio semántico, ni melodía
de sugestión naciente, ni color tangible de superegos.
¿Qué sentido tiene esta danza? ¿Por qué el corazón se esconde?
El corazón, a todo trance juega, pero narrar no podría,
porque no tiene forma al abrir su mano,
ni sus picos en sus ejes carcelarios, ni en forma contiene
un tiempo en cuestión.
¡Oh, maravilla de las sombras! ¡Qué inmensa la casualidad!
Lengua, arcilla mortal de hipnotismo inicial,
cincel torpe de subjetividad suicida que abarca
el requiebro puro del concepto chamánico
en esta plasticidad simbiótica de mi unión alámbrica.
Entona suavemente, humildemente,
la alucinación, la sombra, la casualidad que se adorna
con garras mitológicas,
mientras me llena el alma entera de sus lobotomías
circunspectas y plenas.

Al pie de la letra guían nuestros santuarios

Al pie de la letra guían nuestros santuarios
que habitan el edén de escamas flotantes:
Como profundo y diáfano su lente divergente
en la concavidad de sus animosidades que
dejan los monocromáticos ósculos de espumas etéreas
y es el estremecimiento de espasmos ancestrales
que escarban mis sienas en su punto de rocío.
¡Qué magnificencia encierra nuestro edén de escamas flotantes!
Ahora la llama es apenas un roce dicho y hecho
en la sinuosidad del tiempo ante su onda oscilatoria,
sobre un trecho recorrido en algas que duermen,
como un lirón junto a sus calideces y remembranzas.
Nos guía el edén y echa a rodar sus azules armaduras
ungido de esencias echando raíces de salamandra y nereidas;
de tatuadas dermis de arcángeles inermes, de serafines que
van dejando un hálito de frutos pecaminosos dejando así
las venideras estrellas de serenidad en la memoria.
¿Quién puede negar la guía profunda de nuestros santuarios?

Estrella abogada como buen samaritana

Estrella abogada como buen samaritana
que es desaliñada por desliz y por su contorno,
yo soy la lucha como chivo expiatorio
y solamente cargaba el cuerno de la abundancia,
no la boca que polariza, miente, ofende,
a mi pulsación electromagnética en el plasma
de mis días,
y cuando su constante lumínica guarda queda infrarroja.
¿Quién puede comprender el dolor de mi lucha eterna?
¡Ay, anestesia factorial de lenguas entrelazadas!
con el movimiento de palabras textean solas
yo soy el parto de Saturno que cruje el peso de su luz
cuando afilados bailes arrancan a carne viva el quinteto
índigo de mi alma.
En la variedad de tus besos de carmín yacen los espectros
en pie de guerra
agitan sus fuegos en muertes siderales como un foco ciego
de inflamadas geometrías,
en las muy afortunadas noches de confusión, el asombro
es un virus de alta acrobacia de turbinas vaporizadas y se
deja caer sobre el amor en soplos, luego se engorda hasta morir.
Soy como Penélope, diosa que teje y desteje la ilusión y la ausencia,
tristeza doy, más ingrata en su cama de olivo que llora y espera,
aquella locución mágica que implorara el regreso de Ulises
para una vez besarlo y amarlo en una alcoba oscura.
¿No es acaso la espera la más cruel de las penitencias?

El ave desobediente que penetró en mi mente

El ave desobediente que penetró en mi mente,

no hallará escape en cubrecaliz insonoro,

ni siquiera por la melena numérica del pensamiento.

Sus alas saltanejoso han sido depiladas, su vuelo truncado.

¿Dónde encontrará su reposo en este laberinto?

No alcanza vaciedad en manchón imperativo,

¡No habrá retorno expresionista ni metamorfosis desopilante!

No seremos testigos de un nuevo Pericles.

La idea de una contienda sumergida en la sapiencia de los clásicos,

del montículo de oro no inquieta mi descanso nocturno.

¡Qué ironía contemplar la grandeza sin temor a la derrota!

En el témpano redoblón anida sus sueños en la cúspide humana,

la cabeza novísima se abate bajo un follaje de reflexiones intrigantes,

mientras el enjuiciamiento enojón alcanza

su apogeo en el crisol del ser.

El ensamblaje de palabras apologéticas murmura en tono solemne:

-Apéndice abstracto del manuscrito en la tentación usurpada de abrojos-

Homero diserta, amarilla la esencia de un antiguo pasaje de emociones,

sin perturbar mis sueños que se acalambran al escuchar un dueto de dulzura,

¿Será acaso la eternidad la que dibuja estos anhelos?

No a la meditación sobre un libro alucinado y habilidoso al incentivar anhelos.

La divina molécula de colosal travesura

La divina molécula de colosal travesura
no permitió que en sus aristas acariciantes
y felices, ningún vicio se ocultara
sin ser desafiado en la quinta resonancia
de su humanismo enhebrado.

Las negras marañas exhalaban sus alientos,
filamentosos, de centrípetas alas
sobre los huesos esparcidos de luna punteada;
sus pupilas se convirtieron en música sombría
que repetía: "por el hilo se saca el ovillo",
taconeando en arpas huérfanas de un miedo feroz.
Cien cuervos agrietaron el cielo en una hidratación
odorífica de tinieblas depiladas de un dolor insincero,
surcando los estigmas celestiales de absurda desvalidez.

Escarneciendo los vestigios de lo que fui,
ligué mi esencia al génesis de mi alma
incomprendida. ¡Ah, taimada desmesura!
Ahora, el azogue pregonaba en el devenir de los tiempos.
Comercializo sombras y luces desprovistas de melancolía,
orejas griposas que bailan el tango de la muerte
en la noche estrellada de versos, en el río Danubio,
bajo los soplos bucólicos del viento,
en el lecho lexicológico de la polifónica vida.

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor,
una hebra de melancolía se retuerce, aclamando
el silencio de tanta perpendicularidad,
de tanta travesía mortecina,
fotografiando en su pesadez, escuálida,
la opinión de una luz
maravillosa, hospitalaria,
oscura y perenne en una mañana agitada
por paradojas de silbidos y pacas de clemencia.
La humareda calibra un dejo, un esternón roto,
lleno de suspensos, como una telenovela llorona.
Los sufribles vapores chorrean falanges
sobre ladrillos lesionados,
y aquellos vientres al céfiro doliente
visitan en compañía las pupilas juveniles.
Las maquilladas de becerros endulzan fuegos,
arrugas corteses;
la estepa militar de la llamarada.

Pereque de tierra natal

Pereque de tierra natal, se temblequean en el travesear de tufos desérticos, de pulsos amocepadados que apelmazan, azareados, en las vetas del tiempo. Bajo la mirada del bochinche, la neblina andrajosa danza cañanbuca, desmarimbando el despelote con las macanas de sueños niquiriches. En esta ciudad, pipiriciega de trampas, para rebanar la onda de almas errantes, se sulibeyan los berrinches de un venado entre el vulgareo y el vocerrón. El zopilote de un trueno trompudo, ebrio de horizontes sin trancas desvanecidos de tereques, susurra secretos al viento robacunas. Esa hechicera mechuda lambisquea un hacha, desafiante, para darle un bojazo a la ira dormida de los peluches terrenales. ¡Oh, qué carambada! Los cañanbucos, testigos de Masaya de antiguos ultrajes, son ahora charamuscas de esta metrópolis cuya esencia chiflada arde, feroz, chimando coyundazo como el llanto silente de la Mocuana. Bajo el metiche yugo de miradas que todo lo devoran dentro del pocillo, nos volvemos a desencuevar hacia los enzacatados de acero de la era moderna. Hasta el cerco, un jugado de cegua al asfalto motetero que corre por nuestras venas rebanó, palmado donde nuestros ojos deben ser cuchillos con tanta pinchería, más pinches que la opulencia sobaqueado de la pizpireta tranquilidad.

Besos de Fuego

¡Oh, amor, te brindo las tormentas de mis besos de fuego!
Arden delirantes en los rubíes salvajes de mi pasión,
mientras el mundo se convierte en un pañuelo bordado
con los colores vibrantes de mi tiara.
Llora un chigüín, llora hasta desfallecer,
en la lasitud de mis precipicios hambrientos,
donde una garúa despeina los días de vuelos,
transformándolos en malabarismos tejidos con huellas de pinol.
Lágrimas que se vuelven sacuanjoches,
explosiones bajo arcos de madroños en flor,
relámpagos que parten el hielo en el amor,
elixires sin memoria que desgarran el canto de los cenizontles.
Subidas que zarandean el retiro de las abejas,
y un coraje devorado que juega a ser pantomima,
mientras en una Managua desolada,
un corazón de helechos florece en la selva negra.

Con la blandura de mi alma

Con la blandura de mi alma,
la tristeza erigió su choza de paja y talalate,
campechanamente
extendiéndose por todos los ángulos de mi ser
como raíces en la tierra del maíz.
Pero la sombra, ¿no es acaso ella misma una prisionera?
en un arranque de locura,
en su zozobra, con su mano pachona,
decretó el descalabro, siendo más vieja que el pinol
acusaba a la tristeza de amelcocharse en
sus dominios con sigilo. ¿Saldrá jodida de razón?
¿No será este el eterno danzar de antiguas penas?
Quedando en un quedar, y metiendo su cuchara
para resolver un bochinche, en un acto herculino,
nombraron un testigo Masaya, huésped de mi pecho
quien ya amanecía siempre de luna,
el pobre corazón, en su danza del garañón,
con sus patas para arriba
no pudo pronunciar un dictamen deacachimba.
En su lugar, sin ni más ni más me sentenció a implorar,
deseando que tristeza y zozobra no cedan su espacio
a la radiante esperanza, ¡dijo aquí mando yo
y los tendré a mi lado, eternamente!

¡Oh, mi corazón obstinado, ve para arriba ve su barriga!
Bulliciosamente desmarimbó cualquier súplica, jayanamente
como acostumbra meter palos en las ruedas
¿y ahora qué, mete el miedo con no despachurrar su choza de talalate,
si oso hacerme la loca con su chiflado mandato? ¡Ay de mí!

Ivette Mendoza Fajardo

Naciendo torcidos, sin estrellas, los marañistas manantiales

Naciendo torcidos, sin estrellas, los marañistas manantiales

redefinen los alaridos inexplorados y se aferran

a llorar y llorar, echándose la vaca dentro de ellos.

¡No aguantaron el ácido! Andan de brinco en brinco

sobre las espaldas ocultas de la poesía, metiendo su

cuchara en esa arrechura sólida de existir,

de cuando en cuando, y a la zumba marumba,

en el chancleteado de piropos diminutos, armados

no de barro, sino de un olvido rehilado a leche burra?

¡fuego de maracas consumidas, como polvorón que susurra

sobre los silencios de quien, con un hartazgo entre los dedos,

emerge desde el fondo de Tiscapa, sombrío del espíritu!

¿Acaso es la vida un acto de achichiguar constante,

a pesar del oscuro cacaste de la noche,

como si todo? como si un chapulín de mala muerte, como si

gavilanes chirizos en llamaradas iluminaran las encrucijadas

de nuestras almas con nervios de acero?

¡Pero adelante, ah adelante, guacal del Toro Guaco!

Has puesto allí, lavando mis senderos desgastados,

los de siempre, los ya transitados con la morriña del mundo?

¿Hablarán ellos para desenredar camastros de dolor

en la desmuelada sonrisa de su tormenta colevaca?

¡Amanecidos ya con goma, con olor a níspero fermentado,

se hacen los ñoñecos, alegando tener calentura de pollo!

He contemplado la sombra de un loro

He contemplado la sombra de un loro en el lodazal,
perdido en el laberinto de cabangas y palabras,
lleno de miedo ante el sendero de carambolas y de maizal,
y haciéndose el chanco, trágico en su elocuencia,
echaba verbos que le prometían tanto
cómo le arrebataban su dignidad que yacía en pirinola.

Con el pico rugiendo, vacío de certezas, charchaleaba,
vacila, a hurtadillas en cada encrucijada.
Sin más ni más, ¡aja con que este era un bandido!
¿Lo mismo es punta que pico?, ¿y el güegüense qué diría?
el loro en la masa de su penumbra bajo la mirada
de un universo de plumas indiferentes le preguntaban:
¿Pelón pelado quién te peló?
¡Ni por todo el oro del mundo te acerques a él!
¡Cuidado con las sombras que engañan!
¡Ay, pero qué majes estos que no ven la verdad!

Aislado dentro de su jaula y una multitud que lo ignoraba,
saltando, cantaba, cantaba en una estaca de indiferencia,
sin dueño que le amparara ni voz que lo defendiera,
ni un dios ante quien elevar sus plegarias o rencores,
sus retahílas de locuras.

Avanza por un cosmos lloroso y áspero,
de barrotes grises, llovida por los muertos
y recordaba que existía un mundo
tejido de desprecio, golpes y dentelladas,
pero le decían: ¿Quieres más masa lorito?,
¡Habrás más desdén que reconocimiento!
de montañas desbordadas de ironías,
una odisea de persistencia y desesperanza.

Al alba lo he visto, ¡al pendejo ni Dios lo quiere!,
¡Qué destino el suyo, marcado por el olvido!
En cada palabra, un desafío a la quirina,
en cada aliento, un acto de rabia lo dejaba
en pirinola
hasta que la noche de pájaro se cerraba, inexorable,
y aún en su última voltereta de venado llena de soledades,
pringaba, picoteaba de sarcasmos...

Se enrosca el arco tirante del alba entorpecida

Se enrosca el arco tirante del alba entorpecida,
lanzando silabarios alados que no dejan cabos sueltos;
luces ahorcadas danzan con tiburones infantiles.
¡Yo, testigo del alba cosmopolita!,
observo cómo el horizonte se tensa y desata
inviernos de luz carmesí y patas de araña.
¿No ves cómo el cielo mismo se desgarrá ante tal esplendor?
Contemplo a los ríos, esos dementes que se estiran,
colgando campanas de noches asustadas
en el ramaje obeso de los cementerios.
Es un plato de gallo pinto con chile Congo:
¡Qué locura de contraste!
Siento, en la caricia de planetas recién nacidos,
el aventón frío que roza su moneda fermentada,
sus mejillas virginales de baldosas aún tibias.
Atrapado, un Gueguense metafísico
se desdobra en la escalera de Narciso;
su desnudez pura se enmohece en el contentamiento
de jóvenes sin prisa, llenos de cacahuates,
como su subconsciente sin abismo.
Nos detenemos, embelesados, ante un nido de víboras
que lanzan preguntas envenenadas al aire;
es el plumaje que carga la ira desde el sol,
y yo, ya sin pensar en el amor, observo.
¡Los cíclopes han dejado de danzar en pelota!
¿Había justicia en la edad del pavo?
Con la lengua fuera, llegué a buscar crepúsculos podridos.

Reconozco el eco silencioso del abismo

Reconozco el eco silencioso del abismo en las profundidades,

del enfermo pesimismo y del hambre de la espalda ulcerante,

de la raíz oscura y gentil que pugna por brotar desde la boca

de su restricta envergadura.

¿La torre sonora del lamento, polvoreada, se aleja de su mala suerte?

Reconozco la muerte tembleque y su ñata infinita, aplastada

sin fuerza ni lozanía.

He sentido el desgarró de la carne y el alma que piensa y machuca.

Los titanes del capital, invaluable dentro del aburrimiento,

tenían su bestial lógico, afirmaban sobre el apéndice de su codicia

mientras acariciaban el vacío de sus entrañas avivando sus neuronas.

¡Cuando "a lo hecho, pecho" es un camino de misterios y de trigos!

¡Ay, oro del círculo imperfecto sin añoranza errante!

Pues la existencia cotidiana está infestada de insectos de platino;

luna venerable de la afonía de los ojos, como una sabia trovadora,

luna majestuosa como un corcel, luna antigua como el aforismo,

luna onírica que evapora las lágrimas metálicas en campana rota;

visionario, lascivo, carnicero amordazado de imaginación junto

a su desamparo, valiente y cobarde, camaradería

degustadora de vinos en las turbinas del tendón, al extremo del

infinito o hacia su norte, probador de rosquillas metafísicas de lejanía

andando.
Ivette Mendoza Fajardo (Ivette Urroz)

Las voces me arrastran, como ríos sonantes

Las voces me arrastran, como ríos sonantes que invocan mi ser,

sin elección, suman sus ritmos errantes por senderos del

destino ineludible.

Fatal, como la paradójica tonada de la noche figurativa,

devoro la vida en cada nota del reino vegetal, sorbo el éter

de mármoles anarquistas, chorreando fabulosos pájaros intelectuales.

Me desplazo entre sombras melancólicas y sueños de colosales

angustias sin motivo, sin razón; ¿sin mi canto,

soy acaso nada dentro del orden lúgubre de estrellas?

Un eco vacío en el vasto olvido, emancipado de voluntades golondrinas.

¡El jardín terso de mis versos monologados adoquina mi pecho!

En los cipreses de sus epopeyas, ante cadenas vagabundas,

máscara dinámica de melodías, zarandean mi alma dentro de batallas

oceánicas.

Incapaz de murmurar verdades mundanas,

solo canto, solo puedo cantar, cantar y cantar dentro de mis auroras boreales.

¡Ah! Me pierdo en la melopea de violetas marchitas; no hay más palabras.

¡OH Catedral de León que guías mis sentidos!

Selvas negras grandiosas moldean mi existencia en su néctar libertario,

en mis huesos abandonados por acordeones impertérritos.

¿Como se acongoja lo andado, por

leyendas de resonancias y olvidos?

mientras mi flauta, desconocida en su propia piedra entusiasmada,

canta a ojos cerrados al viento sus lamentos de antiguas nebulosas.

Desprecio las aguas mundanas a raudales, triviales y ojerosas,

bajo el peso de lo prosaico y a regañadientes, doblego bajo la utopía

de mi almohada.

¿Anhelo la quietud de cosas vivientes como un árbol que sabe sus deberes?

En el crujir de teoremas universales

En el crujir de teoremas universales con la intensidad del fuego,
los códigos románticos y cósmicos me gobiernan "a pecho descubierto",
una casualidad argumentada segregada por la lluvia impertérrita,
salpicada para resucitar briznas de rumores solitarios hasta el brocal del pozo,
regentes de mi canto natural y sinfónico que se despliega en medias palabras,
pero se despliega hacia el más allá de la lira del espíritu, el instrumento del clamor
en esa vasta beldad subconsciente "mejorando lo presente", de armadura sigilosa,
lúgubre y precisa, que dirige mis pasos en la penumbra lingüística iluminada;
atraveso eras cantando como en un vasto sueño grotesco, como muñecas del deseo,
mi verdad auténtica, de flexibles y dolorosos versos dentro del corazón de talquezal,
erizos de silencios robustos en el lomo del candil para iluminar, por la resonancia
augusta y perfecta, quitando saltos difíciles de comprender,
la excelsa sinfonía de unánime concordia de sudores sempiternos de la melodía,
los fenómenos convergen hacia ella, hacia la ceniza fecundada de amores,
y estas manos aciagas avanzan, sonámbulas, despejando la mundana recreación?
mi clarividencia persigue los senderos de lo incorpóreo, iluminada y jubilosa;
todo se convierte en párpados que agolpan, en el canto en mis huesos con
perfume sentimental de mis días de sosiego.

¿Quién dirige los remos de mis mundos que se desvarían a contraluz?

Ivette Mendoza Fajardo

Supuración de lágrimas brunas y brumas fúnebres

Supuración de lágrimas brunas y brumas fúnebres solicitando alegrías; ahora, persistente al tormento, hambre de lobo alimentándose del seno ulcerado de la marimba existencial. Crezco en los dominios espinosos del destino, y mi atuendo es un manto de miseria y mordazas infantiles, eterno en el arpegio del viento, tan sencillo al pelícano inmortal. Sin embargo, mis cantos, espejismos de lo absurdo dentro de lo absurdo, sumisos y humildes, aglutinan la esencia de lo virtual a las páginas portátiles, en todo el aliento pensante de la estirpe y el susurro del satén. ¿No es acaso la vida un arpegio de misterios insondables? Me erijo como pasarela de perfume poetizado, por divina concesión, con partitura desafiante al signo astrolábico del silencio; ya que mi jerga orgánica brota de rincones polvorientos, en angustias erguida en la madurez del vidrio, en la melancolía dolarizada de rebaños terrosos, una tonada en el yugo del desorden. ¡Cuán vasto es el camposanto de nuestras ambiciones olvidadas! Engendrando axiomas desde los vinos despavoridos del vacío, y su retórica, acurrucada y vagabunda, tanto imaginada como atroz, pianos de constelaciones hilvanan continuamente nuevos cosmos; afirmo o refuto triángulos en derrota, y mi ardor titánico resuena como una filosofía sin ruedas, inmóvil, rompiendo el reino obtuso del prejuicio desértico de dolores de cabeza, el sombrío poblado clerical de lo cotidiano que busca su sinfín. ¡Oh dolor, de hacienda San Jacinto, cruel y constante, cuánto aprendemos de ti! Sobre el vasto camposanto y los sauces llorones del Cementerio General de Managua, decrepitos y pardos del mundo, como si entonaran los cantares de la lluvia, melancólicos; la nostálgica melodía de los tejados es una caricatura patética de la bicicleta celestial... ¿Dónde encontrar el silencio en el tumulto de nuestras propias existencias?

Ivette Mendoza Fajardo

Resuena el clarín y brama

Resuena el clarín y brama, brama el clarín y resuena
su puente de plata vehemente, su malabarismo entrometido.

¿Cómo el paso inexorable de las eras
sobre el criptograma grandioso de la tierra, entre luchas
carnales colosales?

¡Todo es grandioso, monumental y metafórico:
un asentamiento eufórico, abultado, absurdo,
sombrio y extravagante! ¡Descartes y el Güegüense titilan en
poesías!

La niebla pícara y piadosa flota sobre las ciénagas; fluctúan
precoces, adineradas de sentimiento.

Mientras, el cataclismo ideal de los cachinflines
chilla su rapacidad, borrando el tiempo. Resuenan
como marionetas entumecidas en un día nublado,
como mentes geniales en noches del toro guaco,
como la maraca descachirulada
de los espíritus metiches
en la bacinilla eterna de los zopilotes,
de macanas esféricas, viajeras en la soledad del macachín.

¿Y los dialectos automáticos, macizos y trágicos,
que en Tipitapa atrapan tapas de rayuelas en la murranga,
como en un escenario de maravillas titánicas?

En esa vastedad, los embatutados de lo inconcebible
se entrelazan, creando un tapiz
de chibolas y chimbombas luces, dispersados en la
impaciencia.

Cada paso en esos caminos es un viaje
a través de lo abombado, donde colgar los guantes
y dar el ancho es salir de un maíz picado.

¡Come pato! Meter la cuchara
lleva consigo adivinar secretos antiguos,

a sabiendas mientras un cartucho cucurucho
vigila, inmovible,
la marejada constante de la historia humana
atando las lágrimas al poder del corazón.

Me asemejo a una gruta de dulzura planetaria

Me asemejo a una gruta de dulzura planetaria donde recojo secuencias que detonarían el éter, la esencia tendida como velos desgastados en el regodeo oscuro. ¡Río hasta más no poder ante el sacrilegio de esta férvida blancura! ¿Acaso los destellos emanan sus telegramas puros y celebran ante mi sangre envuelta en infortunios esparcida, y la tuya disuelta, en el entramado de nuestras heridas? ¡Una fortaleza se desploma en el vacío! El alfa resguarda a la más fría suavidad de puntos suspensivos de Galileo, con su telescopio errante por los mares inquisitivos. ¿Frente a qué rubor de beso invencible se reveló el prodigio de tu oído medio del ocaso, sumido por una pantera alada? ¡La sed interroga a la herida de oscuridad degollada! Navega en percepciones peñascosas en la derrota de medusas de un mar que suspira por amor de frutos encantados, por otros santuarios con elementos unitarios del barrunto. No existen defectos virtuosos sin sed nacida en la fragancia de los números ambientales, ni tumbas sin la pendiente de su declive. ¡El aliento despojado es un corcel de emociones fragmentadas! Pareciera ascender cual hierba en la lejanía, quizás sólo humo en los olores de prismas escribiendo un largo testamento de joyas vírgenes. Ivette Mendoza Fajardo

Los vientos convulsivos ocasionan una tormenta

Los vientos convulsivos provocan tormentas
de desigualdades inexpresivas y de eminente integridad.
La noche, espantada, se despeluca, perdiendo sus sentidos;
chilla como una ambulancia estrellada en el aire,
observada desde miles de años luz, tan lejos, muy lejos de aquí.
El mugiente despertar de las ambulancias
se enfrenta a las calles y techos que gobiernan
una serenidad desdichada,
como afligidos que luchan contra la inductividad de los manotazos,
impidiendo el cuarzo en cuarentena
de su simetría carnal, atrevida.
En el bien y en el mal, hay aluviones de rencor;
el frío castiga, como el apogeo de un día que apenas despunta.
Disipo la tristeza en su coreografía trimestral,
trenzando su voto devorador que flota a través de los siglos.
Sé cómo camina su sentimiento lobado, al cavilar.
Escribo mis temores en su novena costilla auricular:
infecunda, infecunda, infecunda.
Nubes lloran en la paginación golosa del norte,
muriendo como mutantes de moralidad.
Miro los cataclismos pujantes en piélagos de amor,
doy gracias al patrullaje, que se eleva espigadamente,
derramando la esfinge mediadora de medias lunas nacionales.
¡El tormento ululante de perpetua personificación,
rugiendo en la borrasca superdotada!

Como chirolas abismadas a la oscura bóveda celeste

Como chirolas abismadas hacia la bóveda oscura,
arreando tus besos ásperos, cual piedras
pulidas por el tiempo, erosionan mi piel,
dejando huellas profundas en la espuma del alma,
sin extinguirse en la noche amarga
bajo el peso del desconsuelo sombrío.

Ni abrumarlos ni sofocarlos, pues habitarán siempre,
como anhelo febril en este julio caluroso.

Un amanecer envuelto en rocío persistente,
cual lágrimas del alba, besa el día moribundo,
sustituyendo la bruma con los arrullos tiernos
de tu corazón, liberados y frescos.

Como cardúmenes sin fin en aguas gélidas,
mis deseos por tus besos perduran,
acarreados como flores en un vergel exuberante.

Anhelo tus besos, hoy que la soledad me acompaña,
para llorar contigo al amanecer,
cuando el sueño amargo no haya vencido.

Cae la brizna bruna, pegando un jonrón

Cae la brizna bruna, pegando un jonrón,
como si Víctor Hugo lanzara desde Cervantes
hasta Rubén Darío, sobre la almohadilla rabo verde,
dobleteando ante un trofeo erigido
como un gato bravo; en un ¡fas fas!,
se disuelve como Alka-Seltzer en un vaso invisible.
Las palabras, cual pelotas fuera del guacal,
son fildeadas por el viento que, sin pausa,
desbarata la marimba y deja su rastro
grabado en el descontento del acordeón.
Miguel, acalambrado por años de cachipil,
se enfrenta a un panorama desalentador.
No deseo conformarme, prefiero,
en mi extravagante forma, explorar lo ambiguo y distante,
más que lo irrefutable y cómodo.
El tiempo avanza implacable, como una bala;
sin enseñanzas, persiste, ¿qué le ocurre?
El tiempo robó mi juventud en un parpadeo,
indiferente al principio,
dejándome sin palabras, indomable en su curso.
Chancleteado de pies a cabeza,
murmura y habla, un bla, bla, bla sin fin.
¡Oh, no desesperes, amigo!
¿Quieres depender de mí?
Aliento tu espíritu, no me malinterpretes.
Dedico todas mis victorias a tu honor,
si no te atrapan en la confusión,
y me sumo a tu monumental esfuerzo.
Shakespeare, tú eres Romeo; yo, Julieta.
Lágrimas caen, traviesas, en el abismo
de un libro desgastado,
mientras las fiestas radiantes de Pochomil
dan su último adiós.

Los Miserables, cortando el queso,
descendiendo desde lo alto,
pertenecen a un mundo de fantasía,
listos para desafiar a Mr. Fachento,
desde chozas hasta balcones dorados.
Una sombra de dudas: la brizna bruna,
una metáfora de Rubén, el más astuto,
ingenioso sin ostentación.

Soy tu pilar del anhelo de sueños y cobijas

Soy tu pilar del anhelo de sueños y cobijas, pilar ferviente de cuatro paredes, sólido y seguro, reforzado por el clavo remendón que guarda cada una de tus ideas. Como ese pategallina, firme en tres patas, nos enseña a mantener el equilibrio, en el mundo tan tornadizo como una escuela, un vaso, una sílaba, una espiga. Pero, ¿qué hacemos con el reloj que aún no marca las horas en tu sonrisa tornasolada? Las manecillas rotas, el espacio que abre, un portal al infinito de las cosas venideras. Siento el clamor celeste al contar mis estrellas, cada una, un bisbiseo de querubes estelares, eco de alegrías y lágrimas en el tiempo. Yo, tu pilar de anhelo, me esfuerzo para que el áspero concreto no desgaste mi piel, mientras permanezco como el valeroso guardián de tus sueños. Como el chilote, cuya luz amarilla ilumina persistentemente, brilla en la oscuridad de la incertidumbre, ofreciendo un fulgor naciente de eternidad. Ivette Mendoza Fajardo

Haciéndote humo en el laberinto de mi memoria semántica

Haciéndote humo en el laberinto de mi memoria semántica, te atrincheras en bóvedas estrechas de quemada irrealidad. Donde el sol nectarino de indolente peregrinación va iluminando en la nigromancia perenne de la insidia del bastón. Ese montañoso conjuro surge, conectado a las calimas clandestinas que rodean mi mirada en encapotada ligereza, "como abeja en flor". Oh misterio, que "como llovido del cielo", va peludeando sus lumbres en el pellizco enclenque de la aurora de lo incierto. "A cuenta gotas", mis manos se visten de segundos cenicientos, vestidura "de brazos cruzados" en sometimiento ante la cerradura griposa de metales nómadas. Soliloquio sobre la mordaza de saturnal vestigio que debo plantar, esperándote "con la lengua fuera". De la iniciativa hidropónica que se adueña, enlucida hacia todos mis sueños con lamentos de lo improbable, "con pelos y señales". Ah, volverás al ver el rostro edénico de la vida, para contemplar un nuevo nombre "con pulso firme" hasta la última llamada, "con puntos y comas", en esta fugaz paciencia de renovar la espera. Ivette Mendoza Fajardo (Ivette Urroz)

Llamada telefónica afónica

Este momento que me das una afónica llamada telefónica, un alma biónica se convierte en mi sustento esencial. Primordial un dial en tu ausencia sin esencia, sino de algún modo, como yodo, fundiré mi ser en la almohada de Ada. Ella danza, lanzando una lanza, y encuentra acomodo y declama, y ama con confianza o devora las horas sonoras. Recorreré las arterias de tu miseria, lloraré. Haré trizas la resonancia de mis ansias al escuchar las misas dinámicas e interoceánicas. En su desasosiego, el trueno quedó ciego, enclavado en rejas de heno, porque un puerto anda muerto. Mis alimañas al hombro del hombre que nombra mañas sin dones, drones de escombros, saboreando ilusiones ando, lumbres de cumbres silenciosas como sombras azarosas que no resuenan en estos versos tersos, resucitan inmersos en aguas de Managua con su enagua colorida y afligida. Ivette Mendoza Fajardo(Ivette Urroz)

Mascado y aventurado en el vaivén de las olas

Mascado y aventurado en el vaivén de las olas,
Eneas espumea, de mente sola, ardiente, cargado de deseo,
junto a Morfeo, el más feo, que en su diente porta un trofeo.
Mutado en navío errante, tarareando luz que tarda mil años,
daños de hogueras vacías, en consonancias resonantes,
despliego mi velamen, buscando el rumbo en mares inciertos.
Borrega nocturna, colega de estrellas sorprendida,
que en la oscuridad suscita sueños enredados,
como un eco lejano en el horizonte, en el borde de la razón.
¿Es la inocencia que acaricia la consciencia,
o la fragancia oculta que envenena la mente?
Navego entre momentos excelsos, buscando la esencia
en los rincones asombrosos de tus murmullos.
Me encumbro en la cumbre de tus rumores,
portador de tus olores dorados, tan valiosos como efímeros,
melodrama en ramas dulces, cabalgando distancias insondables.
Sin saber dónde me encuentro, qué emoción persigo,
en qué revolución de tu ausencia me revelé,
persigo la sombra de un sueño, como el galgo
que persigue la nada en esta encrucijada.

En el surco de los remolinos taquigráficos

En el surco de los remolinos taquigráficos,
entre pasiones errantes, marca la desidia,
sellada por el tiempo. Yo navegué sin brújula,
sin fulgores, hacia la caldera mutilada de tu risa respingona.
Así te exploré, en tu áurea esencia, expresión nacarina,
que alimenta el fuego de nuestros celestes cuerpos,
creando, sin prisa ni sombra, las hornacinas de un ardor
cuadrilátero y de caricias inconclusas.
¡Temerosa y soberbia, soberbia y temerosa!
Mil presagios han pasado "dándose contra las paredes",
y tu perfil dominguero, sombrío y efímero,
"cae de bruces" en la quietud de la tarde.
A veces, el silbido redentor "de buenas a primeras"
regresa como un niño azul, trayendo la eternidad
a nuestras almas errantes.
Ahora, la vida me orbita en curvas y puntos suspensivos,
en un torbellino piroclasto que avanza hacia el destino
de tu fábula, como el huracán que arrastra una espiga
frágil y muda por la añoranza prieta del océano,
perdido en el contorno ebrio de la memoria.
¡Ah, señuelo del sendero quieto, cierra tus puertas!
No espero voces roncadas de lágrimas ni ilusiones
ocultas en secretos subterráneos; solo una leyenda
de marea límpida que se vierte sobre nuestros cansados pies...

Adivinador, adivino lento de carromatos cargados de penas

Adivino lento de carromatos cargados de penas,
tan dudosas como resignadas al lazo dialéctico de mi tristeza,
sin ombligos zodiacales en la noche interminable,
lenta, inexorable.

Fortificación de caricias estremecidas por barrotes invisibles,
que imponen un exilio autoimpuesto,
escoltado por susurros que agujerean el alma.

¡Indiviso portal de luciérnagas en estíos perpetuos!
Mil cristales marchitos caen sobre lienzos inmóviles,
como el primer grito de un tango en su última nota,
despojando al sarcasmo de su risa extendida,
dejando tras de sí el eco de dolores analfabetos,
corolas ciegas que se abrazan a la cordura perdida.

Filigranas de llagas nuevas, como cicatrices frescas,
glucosa amarga que se balancea en mejillas enlutadas,
cicatriz asfixiada de una era que renace
solo para confundirse con nuestro reflejo.

¡Chilla la noche, automática y sin piedad!
Chilla inclinada hacia los sueños quebrados
en un caos de estrellas y abismos,
donde Galileo, con su telescopio como un dardo,
hería la lengua de la Santa Inquisición.

Llora el alma porque quiere,
llora bajo el látigo implacable de la nada.
Adivino de pensamientos vertiginosos,
soles escondidos donde se levanta el mundo,
donde reposa en un camastro de ideas...

Duermo sobre el vértigo de la madrugada

Duermo sobre el vértigo de la madrugada,
y luego cuelgo del ancla de mis plegarias
en un día donde agoniza el pecado de mi inocencia,
entreteniéndome así en tu incertidumbre.

Voy consumida en la pausa del escarmiento,
desde hace cinco mil años; pero hoy, transito
por el semáforo casual del tiempo, y su añoranza
sembrada de voz divina es el agua que baña
a todo aquel de poca fe.

¡Insinuación imprevista de mis huesos apolillados!
Afina la paciencia con sus ojos dormidos; afina
totalmente en una aurora eterna como el vendaval
descorazonado a la hora séptima del dolor,
dentro del magnetismo del arrullo.

¿Acaso eres el halo de la presteza que, cuando reclama
Minerva, ya no duermes al anochecer?
"Damos en el blanco," pero también sembramos una duda
en la razón del escalofrío para engañar a la muerte,
para engañar a la muerte, para luego cazar luces desde
las penumbras.

Constelaciones de juguetes

"¡Al fin de cuentas!", en constelaciones de juguetes,
se devela mi semblante pacífico y enternecido,
con los entresijos de mi alma latiendo en crepúsculos.
Mi arboleda interna, vestida de gala, despliega alas de desafíos,
porque en su esencia de solsticios resplandece mi soledad,
asomando por las laderas de tus auroras,
¡florecidas y sonoras, sin insomnios ni artificios!

"Con el corazón en la mano", con todo lo que tenía,
en nieblas de rosas agrias, susurraron tu nombre,
desgranando momentos en lagos de silencios,
detectando mundos sombríos que alguna vez
fueron quimeras aladas de mi infancia, orbitando
en las espirales de Arquímedes, dando equilibrio
a las fuerzas de nuestro amor, ¡quemando anécdotas
en pernos jubilosos de domingos brumosos, corazones
ensangrentados de estrellas!

Te amé aún con mayor fervor en poleas de dolor,
mi amor, una lluvia hidrodinámica donde
invernaban nuestras almas, conjugando destellos
ante la locomotora de la eternidad.
¿Podrá durar para siempre cada curva que aletea
fuera de su origen sentimental?

La mecánica cuántica del sueño astral

Al fin, la mecánica cuántica del sueño astral,
del universo redimido, atraviesa fugazmente
el lienzo sutil de tu sonrisa, enlazándose al rumor
del naciente beso del sinfín.

Melancolía de un fotón por lo imperfecto, que despliega
su ultravioleta calendario sideral contra la orilla
abismada de vapores negros, colores sorprendentes del desaliento.
¡Ah, sonido de la vida que invade intermitente!

Cuerpos de energía resistente, amor perpetuo de noches índigo.
¿Quién te reconoce a lo largo del camino? ¿Acaso fue Max Planck,
quien llevó el sentimiento atómico a la razón?

Apaciguando pesares en un adiós sereno y marchito,
exponiendo los ojos de fuego del universo en borrascas foscas,
donde sólo deben cantar las estrellas más versátiles.

Vacío espectral donde la tarde desciende lúcida,
corazones llorados en celeste, conciencias llagadas de clemencia,
alardes de cáñamos ignorados en secuencias de lustrosas poesías.
¡Oh, bramidos de teoremas difuntos que vieron su primera luz!

Un día como hoy, cuando en tu mundo,
ni el calor ni el frío hacían parpadear el amor;
cuando besabas con dolor, la tierra se abría;
cuando el relámpago mojaba tus labios dorados,
la caricia se convertía en una libertad de luz.

Sol bruñido en nocturnidad dorada de melancolía

Sol bruñido en nocturnidad dorada de melancolía,
como un embrujo tocado por abrasadoras ilusiones,
sensaciones de panderetas que arden vagamente,
empeñado en ser amado, pero solo en decibeles prisioneros,
como ruido sobre ruido, inservible y sordo.
A mi soledad te acomodo en sonidos invisibles,
oscuros y lentos, como el fulgor de media noche en el tormento.
Rocíos de rubíes en un sol bruñido por acontecimientos,
te acogieron en pétalos blancos de tristeza,
hasta los ramajes de ritmo alterno, brotados de enigmas
intuidos, pero nunca escuchaste la melodía del sosiego,
como bronces de halago en un nudo ciego, fragmentos
de cristales de una alegría fatigada y rota.
Velas de quehaceres atornilladas en cielos forjados
por la vida, donde mis cinco sentidos son dueños de mi dolor.
¡Oh, Hume! ¿Quién gobierna esta pasión acalorada
por el cansancio? Teniendo toda la razón, un sol bruñido
se convierte en paisaje de recuerdos dispuestos a agujerear
el alma, silenciosa y eternamente; a veces vuelan libres,
y lloro y lloro, y soy feliz, como un tierno amanecer
en los cielos de Dante.
¡Oh, verdes y floridos gestos de la naturaleza, donde
la conciencia puede vagar sin engaños, carne de día,
sueños de noche! Si antes de la palabra, el sigilo
era más claro; si antes de la luz, la oscuridad
era más sonora. ¿Quién recorre el trayecto de la luz incierta
y se desvanece en la penumbra de su propio enigma?

Como mares de rocas en armonías mecánicas,

Como mares de rocas en armonías mecánicas,
orquestas la danza virgen de los astros risueños,
una selección deliberada a través de siglos y siglos,
y es el susurro del Génesis, el bramido de la nada.

Entibiado, el corazón cándido de picardías furiosas
gravita sonriente, despojado de maravillas silentes;
y en el gesto de la vida, se cierne el escepticismo,
ojos dramaturgos en el nido siniestro de la fatalidad.

Péndulo de polvosos ocasos erra, cansado, de tumba
en tumba, de hombros a hombros, hasta el ojo de la humanidad;
rebuzna la psicología del sueño relampagueado
bajo la noche que se alarga en escombros cósmicos.

La madrugada, hablando sola, parecía un campanario
lleno de inquietudes, que gobernaba el patíbulo del amanecer.
¡Oh, vejez sin vejez! Sus canas eran libres frente a la vanidad
del mundo, como tercetos sabihondos saltando el paso
cuántico de los silencios, filosóficamente.

Bajo la luna temerosa

Bajo la luna temerosa,
escarban frígidos los tercetos con los que argumentábamos
estas horas caprichosas de agosto
y su círculo casto de eucalipto.
Corazón silencioso, corazón terso; amor puro, puro amor, cobija
que desde nosotros tiritaba al soñar.

¿Por qué ya no animaba aquel querer?,
aunque nadie se asombrara de sus intrepideces,
había algo de malquerencia, una forma de conquistar la luna:
esa celebración, búsqueda, solución inhibidora,
para no vivir, incómodamente mínimo, sin doblegar
como en un abismo del alma, soledad al aire
ya entorpecíamos la espera.
-Aquí nos esperan cantando.

Yo nada sé sobre el sufrir,
solo que soy ideográfica de mi propia grafía,
porque el exiliado de verbos es un pentagrama
también consigo mismo.
-Nos ven reír,
escalfados y en alto, bajo la dominación escéptica;
nos esperan las colorimetrías en las autopistas.
Ivette Mendoza Fajardo (Ivette Urroz)
Poema abstracto

La brida de mi destino

La brida de mi destino, meta invulnerable;
¡Oh, la brida de mi destino, en tu espera irídea!,
de todos nuestros idilios lactantes de veranos dulces,
suplicando rapsodias, iracundas en un reposo alterno.
La brida de mi destino, de tu letanía de acero.
Yo la columpio, coloreadamente, en murmullos oscuros,
La brida de mi destino, de tus valles huraños,
de todas nuestras imaginaciones saturnales,
¡La vislumbro en las lumbres de córvidos amores!
Desenhebrando lo más casual de mis dolientes letras,
desenhebrando allí, siempre desenhebrando, fugaz,
impulsándome, escudriñándome, entendiéndome,
conmocionándome. ¡Una oda de Píndaro recordándome!
La brida de tu destino, de mi meta invulnerable.
En mis sacros rubíes, bien conservados, de años solitarios,
honoríficamente memorizados, ataviados
de piedra misteriosa, de arcilla clara, de verdades azuladas,
cautivando con bocas habilidosas, razones fugitivas,
energizando gestos donde colgaron los mitos halagadores,
olvidando sus guirnaldas infecundas, sin falsedad alguna,
tus bridas, las de nuestros destinos de nubes primitivas.
Ivette Mendoza Fajardo

La silueta de mi existencia me abarca

La silueta de mi existencia me abarca, como en aquellas épocas ya idas por la inconsistencia, con igual ostentación, rugiendo de una falange fallida de lo eterno. El envés concordante de la mitología intuitiva, la gran arcana numeral sorprendida de lo evolutivo; hábitos de las elipsis más casuales, súbitos en el átomo, de la perpendicular hacia mi entorno, irá vagando cuando las suturas del alba son los madroños de mi ser. Con el mismo nudo paseante y virginal cortejo, lo inesperado era una pasible, animada pretensión de cristalino temperamento. ¿Cuál será la idea de mezclarlo todo con un fuego recreador? Aún vivimos; y vamos cambiando porque nada es permanente, vamos amando, mientras se ensaya lo rutinario. ¡Oh, Heráclito, y tus mundos fluidos, todo fluye, todo fluye! "Con conocimiento de causa" el sueño ya no es sueño, sino una vida de filigrana entre oquedades, suspirando, aunque transitoria, elige el momento apropiado de los interludios del mundo con su llamada. Y, aunque no pudo ser un principio invernado, no abarca aquel yo pasajero de lo eterno. Y lo imprevisto se conforta, porque entiende que muchos otoños sedientos de colores acaban olvidados y que la silueta de mi existencia puede ser algo más...

Ivette Mendoza Fajardo

Acero espantado en la noche

Acero aterrorizado en la noche, sin la geometría del hambre,
sangre plutocrática derramada en la tinta de un eslabón perdido,
como un reloj trágico con pechos flácidos, vírgenes y vacíos.
Una cosa tras otra, débil bajo las heladas viajeras, en el
garito intacto de la explotación, incubadora de sueños rotos,
super-hembra, hija de figuras bramantes,
oculta tras las cosquillas antes de que el látigo azote.
Levitando como la lengua bruta de las catedrales,
o como un río de sabiduría esquelética que no distingue
el amanecer entre distancias transparentes,
ni se deja engañar por la hojarasca susurrante donde escanciarse.
Movimientos de números esquivos, tus noches leves;
mis nubes de extravíos, desolación lenta y constante,
mirada petrificada, extinta entre la muerte,
languidece más pujante donde renuncia
a labios enamorados del dolor, se niega al lecho fantasmal
de un oleaje indolente, y como un relámpago de agonía te busca,
en pesadillas de corazones trizados por la negación,
plegaria prodigiosa de ruidos escondidos,
bocina inquietante, sin compromiso,
que exige mi entrega en medio de lo amargo,
en tempestades de puntería aguda y precisa.

Ciervos cazadores de sustantivos vencedores

Ciervos cazadores de sustantivos, vencedores en torsos flácidos
de lunas rezumantes, batallan contra párpados tiranos.

Vestigios inconsolables en la vidriosa herrumbre que pende,
como una marca de sudor que, en mi tristeza, escribe al instante
en la sombra de un pétalo hostigador, con afán imperecedero,
donde una llama aprende a sangrar soles aniquiladores.

¡Oh, noches de perfumes blandos! Floraciones de auroras turbadas
en música fresca, embelleciendo todo en suspiros de primavera.

Hay algo en mí que sostiene el equilibrio de una alondra oscura,
tan entrañable, tan confiada, que divide el universo en dos.

Afanos de una rosa prisionera en un rosal de deseos quemados,
¿qué comprenden ahora?

Aquí, la verdad predecible es un fuego que arde en el desierto de llantos
extraviados, con rayas rojas de una infancia perdida, mientras salta la cuerda
que mece las palabras en la timidez del agua.

¡Qué iluso es el rostro de la muerte! La piedad arrepentida es una cajita de
música que toca con un amor que se evapora de sus manos, y ni la noche,
con tanto cariño, la soporta, comparándola con un viento lleno de vergüenza.

En el espacio tridimensional, un horizonte codicioso captura
a Orfeo en una risa eterna, mientras bocas perpetuas giran alrededor
nuestro. ¿Qué hace Orfeo en un quebranto enrojecido?

Brillan las copas de Merlot en sueños dinamitados

Brillan las copas de Merlot en sueños dinamitados
de auroras duras, anhelantes en el callado mocasín
de soledad y amargura. No se cansan de su apariencia
misteriosa, calculando estrellas que ennegrecen sus
rumores gentilicios, con sus ritmos de campana:
ding, dong, ding, dong. Rotundas fiebres de natalicios
abolidos sobre la carne de la sombra débil; a veces,
ni siquiera borran las distancias, bregando recuerdos
en combates helénicos, como suertes mal llovidas
que galopan en la historia.

¡Ah, mañanas yuxtapuestas convertidas en agonías!
Beso espía, indaga los dones en la mente del
firmamento de marfil, recoge ahora los cabellos de
Medusa. Pegaso, que se eleva, se desliza en la brisa,
y nadie lo ha visto por miles de años; dicen que descansa
bien dormido en los montes del Olimpo.

Nadie le ha dicho que salga, pero tampoco
lo vieron entrar. ¿Y qué dijo Poseidón? ¿Qué pasó con Medusa?
La silabeada marea nutre las profundidades de sus labios,
dentro de glorias oscurecidas huyendo con pasos confusos.
La atareada madrugada sugiere recorrer con Pegaso junto al
tercer ojo que acecha la ebria amenaza de los gestos y sus
vidas desdichadas y agobiantes. ¡Querían estar conmigo!

Qué extraño es girar en encantamientos imperfectos

¡Qué extraño es girar en encantamientos imperfectos!

En blasfemias de lágrimas y marañas de abedul,
que, aunque deambulen por la catedral triste de seductivas
muecas, no alcanzan a ver el mágico extravío de otros extravíos;
cada uno anda solo, cegado por mil luces que tiritan
hirsutas en el hielo.

Yo, esdrújula, intentaba destrabar el destino a veces,
navegando en alfabetos de trigo hacia la mar;
pero al caer, la rabia del olvido
los ha borrado uno a uno, en su sequedad.

¡Qué extraño es girar en encantamientos imperfectos!

Ninguna furia conoce la próxima estancia del lugar perfecto.
El verdor de vida que tus ojos solitarios revelan
se confunde con la soledad de lo nuevo hallado.

¿Pensamos diferente al trenzar caricias anonadadas?

¡Qué extraño es girar en encantamientos imperfectos!

El éter lustroso del cansancio virtuoso, en su ritmo exaltado,
fluye y fluye, movimiento deshuesado, que solo es
un ritmo pintado cuando el invierno llega a devorar
sus paisajes breves.

Escriben las voces que desgarran mi soledad

Escriben las voces que desgarran mi soledad,
cada violeta del fuego nocturno hambrienta de bruma.
Cada suspiro tuyo, sellado por la angustia,
delinea una parábola ruinosa,
donde acepto la fragante geometría de un surco idolatrado,
oculto en un mundo de oscuro equilibrio.
He renunciado a las caricias acrisoladas de tu gentileza,
domesticado a los corceles cobardes que crucificaban nuestras ilusiones.
Eres el ladrido melancólico que transita por el vacío,
donde, tras las orejas caídas del sol, nuestras aventuras
se embriagan de mieles enloquecidas.
Mis rasgaduras solitarias se deslizan por las calles,
bajo la mirada de lunas dormidas,
cuyo hierro filosófico dispara a los cielos,
abatido por la muchedumbre del tiempo y telégrafos
que susurran dolores románticos.
La física implacable de las fiebres extintas proclama
la existencia de la arrogancia,
vestida con la corbata gutural del mediodía.
Acurrucada y contenta, esparzo
la cabellera del milenio, iluminada por ojos índigos y honorables.
La epopeya, endurecida por el consuelo del bronce,
nos encuentra temblando, jugando a la rayuela
en un equilibrio precario.
Curvas metafísicas descomponen la substancia y la forma,
en un agosto que se desmorona.
Émbolos ricos de fragmentos narran sus historias y dolencias,
intentando corregir, con un suspiro, las mentiras errabundas.

La holgura fuliginosa de un ingenio

La holgura fuliginosa de un ingenio inmenso,
noctívaga y vestida de lagos gentiles,
evoca el manto celta de un serafín perdido.

Mi corazón, agrietado con cuidado,
susurra su soliloquio entre sombras,
como tentáculos que buscan en vano
su presa en la oscuridad.

Allí, los tercetos grises y los satenes de luna
silenciosamente celebran la armonía del rayo;
allí, la figura del destierro
dibuja el oro triste en el pecho del sol,
un corazón que sostiene la lámpara
brillante del epíteto.

¡Oh, solemnidad que me seduce!

La devoción de un cataclismo contenido
se convierte en un poema profundo,
una señal que acaricia el júbilo,
desterrando mis pesares en retazos monosílabos,
tejidos en la frialdad divina de ilusiones griegas.

Aurora fantasmiosa en arrullos hechizados

Aurora fantasmiosa en arrullos hechizados de realidades a contratiempo,
sobre un recuerdo llorado que florece "a flor de piel".

¡Resto incierto de una reverencia perdida!

Nada duda en las luces extrañas que cavilaban en mí.
Ni los dedos incomprensibles y mudos,
ni el tambor frágil de la sabiduría,
pasando páginas en los libros felices de la felicidad fotografiada.

Un toque convocado en el cáliz
de una mano purificada por siglos ingratos.
Cientos de dones, en mansedumbre, acecharon alguna vez,
y un ojo temeroso, atrapado en los matices
aprensivos de fallas idílicas, avanza a vivir de mi sueño crepuscular.

Se difunde una mengua renovada
con su sorpresiva feminidad de gran intensidad,
hablando por encima de los balbuceos desdichados.

A manos frías

"A manos frías" es más luminosa ante un altar,
honor blanco en su desesperar, blanco tacto y
satisfactorio en todo al adivinar cuchara matabuey
¡Oh matabuey que con dos manos se hace el rey!
con que se subleva el agua "a manos frías":
en las heladas cuando inicia el día a confiar,
¡cómo se aflige en su adúladora prisa!
marea alta, manos profundas al pensar.

Y dolor viejo que pesa de confín a confín de espacio,
a espacio qué despacio va, la lumbre, la lumbre miente,
no es fiel ya de alumbre, manos frías, manos
ya piel en piel, ya uniforme, ya
inconforme en todo a la fama del verbo que es tu yo,
un verbo que de costumbre hace retozar el corazón.

¡Cómo se va al mismo rincón, manos frías no
es la solución! Prudencia toca y es
candil de pocos aquellos que firmes creen,
con precaución. "A manos frías, corazón caliente,"
pocos cartuchos quedan, heridas sangran
sin emoción. Heridas sangran por el rebuzno
de un hueso remolón, crecen más dolores,
crecen los quehaceres, manos frías ya no estremecen.

Sino invocan un olvido tibio, un descanso en el frío,
mientras el crujir de la escarcha bajo pies descalzos
contrasta con el calor fugaz de un aliento en el aire helado.
"A manos frías, solo corazón caliente" corazón alado,
candil de pocos, luz que oscila entre la fe y la duda,
iluminando caminos tristes, y esperanzas aun naciendo.

Ivette Mendoza Fajardo

Ivette Urroz

La frígida mañana de filosas garras

Mientras la frígida mañana de filosas garras
enrosca su mandíbula entre las interrogaciones nulas,
lo que siempre han sido un calambre de noche híspida
son indómitos senos fragmentados en su obstinación,
existente, que hiere como una cascada de fuegos con
jirones de arrebato. ¡Oh, boca de lirio sonoro!
Ahora que en la oscuridad se empina, una pócima acéfala
se restriega, circular, sobre sus indagaciones filosóficas.

La fragilidad de aguas de apetitos matutinos alcanza,
manteniendo sobreviviente el peso de sus rabias maculares
frente a sus posibilidades estrechas de muertes retorcidas,
pensadas desde un ojo caricaturesco, de hambre cervical
impertinente, que lo vislumbran a consolar su angustia;
el que gotea la sofisticación de un sonido abstraído
sin embestir las anárquicas pautas del indeseable fango.

Los sueños persistentes, contemplándose, también se
intuyen con sus huellas confusas; confrontan lo convencional,
atajando, evadiendo, olvidando la distancia y el tiempo,
llenando solo de recuerdos, colmados de veranos etéreos,
¡desplegando imágenes donde la carne interviene en la pasión!
¿Por qué permanece ese dolor en los altares de la sombra?

Taciturna estrella

Taciturna estrella jadea sobre un cúmulo mundano de esperanzas
amortiguado de indolencia donde corona la nada,
sacude la historia con su canto de martillo conmovido, que transmite
el estupor del sueño, sin "dos dedos
de frente" hocicos reprimidos que despliegan y
abren un tercer ojo y lo cierran sin quitar
mácula lunar de sus tibias caricias. Vann Gogh traza su vida
con pinceladas de delirio, y un broche de estrella de mujer
apasionada que sacian su saliva de estancia encarnada.
En la medianoche, un mal levemente silba e ilumina
desde el cielo a través de las ventanas estelares
para unirse a sus dudas de un ruido vano y sin melancolía,
que asciende hasta el miedo astral cada minuto.
¿Seguirá temblando en sus batallas contra el
tiempo dentro de su cuerpo de hermosura terrenal?
Odiseo enciende sus deseos a la hora
exacta y de su lecho se levantan sus pupilas de destellos
nocturnos que no fueron hechas por amor ¿Habrán sido hechos
por su inteligencia innata? ¡Ah, estrella que como estrella perdura
en la mente apiñada suavemente!
No es un espectro... es un silencio de paraíso celestial
que espera ser materia.
No es espectro...es luz de veredas hacia al mar
que espera sentir la carne dentro del verbo y su soledad.
Es fragancia enamorada que dejó un Big Bang olvidado
en las zanjas, del barro,
lenguas de fuegos de ojos dormidos con escamas
de peces soñadores,
es una salvación de sed atardecida,
de huesos duros que nos queda al final...
¡Van Gogh nos pinta los caóticos crepúsculos solo de estrellas!

El acalorado monograma y la vieja mandolina

El monograma se convierte en vejez pura,
una cascabelera de cinematografía y trabajo sintetizado
en las bóvedas de la moderación, como un instrumento de cuerdas
donde los hilos se aflojan como dientes cansados.

¿Qué hay entre mandolinas y monogramas?

La mandolina retrata, toca lo abandonado, las fresas musicales
mirando hacia el terruño, ¿de quién? Así se prepara una letra
para prevenir el desliz musical. ¡Qué agobio infernal,
con tanto calor en una tarde pegajosa! Era como un castigo
avasallador; los monogramas se derretían en demasía
por la azotea de aquel desván oscuro y opresivo.

Sabes quién protesta: una vieja mandolina
con un monograma atado a su piel,
a quien la alegría hace sonar más alto.

Se prepara para un calor acelerado,
ascendiendo hacia las últimas consecuencias.

De lo confuso hasta la piedra, las maltratadas oscilan;
quedan sólo las últimas canciones del viento
en un baúl desolado. Los monogramas bailan
como bailarinas de ballet; una fotografía y
una mandolina achacosa también se mueve.

Yo, siempre escuchando, también me uno al baile.

¿Y el diálogo? Nosotros también sentimos calor,
como quien enciende un aire acondicionado
para cuando se congela el pasado, ¡y todo!

Ya no queda nada más que la vieja canción con el mismo
monograma...

Ivette Mendoza Fajardo

Vestidos de mi ser que llevan mi fragancia

Vestidos de mi ser que llevan mi fragancia,

son los frutos que deja un susurro de agua.

El resplandor que equilibra el inundar tu alma.

La fragancia que embriaga el horizonte.

Todo me envuelve en irisaciones, mi esencia

invade mi futuro como unos labios que besa sueños

y se visten de eternidad, siguiendo tus pasos.

Llámesese como se llame, esencia redentora

que teje fantasías, y yo no soy culpable.

Fragancia olvidada, que no pretende despertar

viejas ansias del amor.

Todo en ella ya no huele al ropaje del pasado que

atraía nuestros miedos

sin razón alguna, solo cruza levemente

el umbral de la memoria para acercarme siempre a ti.

Un otoño descolorido

Un otoño descolorido me ha descubierto
una vez más sin flores de olvido
ni frutos marchitos.

En las venas, como ramas rebosantes de vida,
un sueño vigila al corazón
de mirada intensa y fuego en las entrañas.

Un musgo, un mito viviente
dentro del alma,
o quizás un beso, me impulsa hacia una selva
oscura, como si fuera un encantamiento
protegiéndome de tormentas, ruinas
y desesperanzas. Y susurra:
Mantén tu esencia cerca, vibrante y resonante,
pronto llegará el amor para hacerte resplandecer
y agitará tus días con fulgurantes fuerzas de atracción,
y el dolor, para enseñarte a crecer libre
como una mariposa deslumbrante.

Ivette Mendoza Fajardo

Eras un refugio cálido para cualquier corazón incipiente

Eras un refugio cálido para cualquier corazón incipiente,
y yo, una alondra melancólica, dudosa de mi propio nido.
Un día, el arcoíris, que refleja tu esencia,
fusionó colores con tu alma,
conciencia con la brisa, y viento con tu espíritu,
creando así el universo del amor.
Ahora, juntos somos como una melodía repleta de recuerdos,
dos almas entrelazadas en una sola nota musical.

Al encender la luz,
persisten algunos de sus destellos en los sueños,
impidiendo que el amor erosione su romántica
historia.
Las noches se moldean con las plegarias del deshielo
que han ido a escuchar la voz silenciada,
y en la incoherencia insolente, sabida errante,
la nitidez de sus pasos siembra sus serenos olivos mágicos
como senderos hacia lo infinito.

El ribete resistente de la conciencia boreal arde,
mientras en el sol apenumbado, eternamente, seducen las miradas;
las lunas anacoretas ofrecen un refugio de bondad.
El espacio de marfil mullido se convierte en la suavidad de las sombras
y promete revelar sus verdades.
Abajo, en la garganta arcana y el reino de colores,
los gestos coloreados son arrastrados
lentamente hacia mi manera de pensar.
Ivette Mendoza Fajardo

La fatiga fatigada

De fatiga en fatiga, una trenza pecosa va tejiendo la nada, porque la resultante ligadura se adhiere, silbante, al torcido pararrayo, y muy torpe, tropieza fatigadamente; podría ser contentada entre sus ochavadas lumbres. De la mortificación a la metonimia de su afecto, de la madera machimbrada a la tristeza inusual, de la fatiga falible a la fatiga infalible, buscamos esa ruta incoherente que, atada vertiginosamente, cubre un gran sigilo hasta el otro borde sin fallar. Fatiga y fatiga, ¿dónde podría resucitar sola, vista como un estorbo esmerilado entre la hiedra nortada, en la polea demacrada o en la razón saturada? Ningún instante parece agradable a esta hora de sumisión; añoramos una saudade del poniente. Fatiga, fatigada, sin hallar lo animoso en lo filamentoso -con su cruz recostada-, ni un solo clavel es suficiente para admirar entre cardos y espinas.

El verbo rubicundo

El verbo rubicundo de las exclamaciones barbudas
balbucea, mutilado, desde esta refinada gramática,
que desde el abatido sujeto de los tiempos muertos
cuelga de un pronombre de luz fundida.

El verbo rubicundo de los maliciosos adjetivos
se ha perdido en la impunidad del artículo apergaminado.
¡Ten paciencia con las buenas mozas y con su burguesía melancólica!
que se mezclan en el tabulador, en el bienaventurado milenio,
y en el alfabeto demencial.

El verbo rubicundo de los sinceros silabarios y de los abigotados
verbos quirománticos,
haz que nunca compriman la racionalización
de la costilla erguida en los rancios deletreos,
del camorreo de las letras en la genealogía del género,
y del verbo anónimo en los verbos antónimos.

¡Comprueba la elegancia de no contrastar, un día,
en el verbo demacrado!

Ivette Mendoza Fajardo

Una manzana afable cruza las mañanas rabiosas de papel

Una manzana afable cruza las mañanas rabiosas de papel.
El fuego resuena dorado en los huesos de las palmeras.
El sol emocionado llega exacto a asegurar mi desventura.
El curso de la vida dormita perdido en un silencio sin pretensión.
El cabello de la tristeza oye mi pulso de mi alma desolada.
En las balas del asombro la historia es meramente sollozante.
El tiempo es una enredadera póstuma con ojos color derrumbe.
Una noche misteriosa se desprende en la desgracia de la memoria.
El horizonte nebuloso corta su existencia en manteles largos y atropellos.
El anticonceptivo de la luna previene plenilunios declamatorios.
No al pagano que mantuvo secuestrado el sentimiento de una aurora.
Los aleros antiestéticos dentro de las ambiciones de la espuma sepulcral.
El rayo veloz que arrebató la intimidad hechiza de la lluvia del dulce riesgo.
La monotonía que da picotazos y agujerea el corazón de un reino tenebroso.
El espejismo de frutos prohibidos raya el espejo de los sueños aristocráticos.
Nunca la castidad se tropezó en el lenguaje de la pasión obscena de otoños.
El tizón de la ternura aspira la palabra de grises curiosidades encarceladas.
Camino sobre ondas azuladas en la diafanidad de un hálito reciclado.
Tatuajes de la niebla pronostican granizos suicidas en una copa invisible.
Un gladiolo es un monstruo lleno de azahares en sus manos virginales.
Un correo electrónico se descarga en la tormenta ciega de un monitor.
Y como las lacrimosas luchas vienen a peregrinar deshojadas en la poesía.
Y como la frase justiciera es un objeto con tufo de camión mercenario.
Y como la guitarra atrae alcobas en reposo que escupen sangre de escorpiones.

Sordo lenguaje de valentía funeral

Sordo lenguaje de valentía funeral, mi cumbre florida.
Barriletes del bien y el mal a oscuras en los vastos cielos.
Antigüedad absoluta de golpes quijotescos; un mar de prosas.
Las pizarras impolutas de esqueletos de los sacros días.
Ahora, el alarido de una hormiga es un gesto de terror.
Esquema sofocante de cuerpos fríos que hilvanan palabras de perdón.
No convence mi dolor musical; la clerical suma de mi razón de memes.
En los elevadores de la lluvia, los cantos tienen ojos de estrellas.
En la espuma del amanecer universal, el tiempo es un péndulo gigante.
La boca es una costumbre vegetal en pentagramas anarquistas.
La anatomía de espejos cóncavos acapara la vida del costado izquierdo.
Hoy el romance se diluye en los músculos de flores prudentes.
Astillas de melancolías pinchan en los labios de un amor muerto.
Vértigos del horizonte van en las carrozas de los juegos olímpicos.
La cabriola se estrella anaranjada en la lengua visceral de magia negra.
La sinfonía de los nervios bendice pájaros con fábulas hermanas.
El mundo carga a cuestas el desempleo que se conquista en petates.
La bayoneta beoda enferma completamente las arañas de la noche.
Y así, el quejido de las vigas desdentadas decreta verdades de bolsas sucias.
El error de la moneda doliente va por los espacios dilectos del eco azur.
Siempre, los matorrales describen los diseños atroces de la vida embotellada.
Ladra fuerte la patológica mentira, y su fatalidad es una aurora en agonía.
Los huesos se desgarran entre ellos mismos hacia el axioma del desvarío.
Una lágrima, filosóficamente, riñe cuando se mece en la cuerda floja del infinito.

El acordeón halagüeño

Este acordeón halagüeño, por definición, es consentido y caótico.
Monotonía de simulación y la melodía de teclas, hombro a hombro,
tocando en el tren de Granville, Vancouver.
Voces sepultadas en ternura, en el punto exacto, se despiertan sobre mí.
Y en ti se refuerza, como en un naufragio, con fragancia rebosante.
No es este peldaño de la música tu mundo exterior; es tu niño interno.
El acordeón está allí para ser y ver tus extraños y lúcidos sueños de antemano.
Saborea los colores llamativos del otoño y el crujir dorado
de sus pies de hierbabuena, llegando cada melodía a la médula del alma.
Está allí para despertar tus pensamientos de luz que aún rebotan por impulso,
para tomar el aroma de la eternidad, para ser el reflejo de tu subconsciente.
Para decirte que siempre, no importa dónde estés, mires la vida con
un rojo palpitante, sin dagas ni arpones, y te vistas de optimismo.
El calor de una tecla te resguarda con el fortificado aliento de estrellas
de aquellos que, sin conocerte, te iluminan desde lejos.
¿Sería ineludible beber el agua de la piedra diáfana y afrontar la imprecisa
fantasía que enfrenta un acordeón,
de sonreír a la cámara del olvido para que ella te muestre su cara en
penitencia, su sabiduría eternamente halagadora en los portales de su
nuevo yo más allá de una simple nota musical?
En tramas de signos y sudores trabajados que dejan los años
continuos tocando, incluso bajo chubascos enajenados,
el acordeón nos mira con sus ojos fijos, declamando en las multitudes,
como diciendo: ¿Cuántos abrazos obtengo cuando deleito tu alma;
cuántos alegres adioses se impregnan en esa piel que solo sabe música?
¡Ríete, ríete sobre el talud de los espejos de una mañana nublada!
Como una loca canción que solo ofrece los deseos de una zumba,
en misterio, soñando en vergeles de cielos plásticos, mientras
la tarde fría es la transpiración de la palabra delirante que arrastra
lo arcano y su noche de rondas. ¡Ay, acordeón...!

Ivette Mendoza Fajardo

El soplo de la noche felizmente rimada

El cálido soplo de la noche felizmente rimada
que se cierne y se dispersa como un sueño.
Sobre nosotros, el soplo del universo sin dueño,
sobre la tierra aliento de tibia emoción, falcada.

No es aire, o soplo, es luz que desborda aclamada
en una profunda sombra desnuda, me inunda,
que envuelve nuestra piel desnuda, bifurcada,
como oscuros aceites, de repente, vagabunda.

Te acaricio también sin miedo, en ardientes apegos,
te abrazo con el vacío en un aire hecho de palabras,
colgados en la vigilia, siempre olvidando egos.

Toda esta delicada intensidad queda sin sosiegos,
se une a nuestro amor, rompiendo brechas, macabras
y lo recorre como un viento, sin sollozos tras fuegos.

Corazón de guitarra

Corazón de guitarra, sereno y transformado,
coherente en una vigilia temporal y ecléctica,
a mis pequeñas cuerdas de sueños azulados,
pequeños cíclopes de una locuaz fonética.

Guitarra que ampara tus estrellas amadas,
discurso de soles, de fermento en tormento,
es tu ausencia una válvula de tu aliento,
es mi guitarra la voz de generaciones pasadas.

Angustia de madera que flota en la memoria,
concierto de guitarra que engendra una victoria
triste en invierno, y aún es guitarra soñada.

Infinidad de ideas que vuelan al cielo, afortunadas,
¡Oh mundos dactilares que marcan la historia!
mundos que van aferrados a tu alma endulzada.

La diosa de la sabiduría

A través de las mentes de hoy esclarecidas
se revela el tercer ojo de una maravillosa, diosa
como ciencia índigo que el silencio posa,
sabiduría en las grutas, con lunas instruidas.

Bibliotecas de amor y silencio, su vocación olorosa,
Partenón de bocas sedientas y avezados cuchillos,
por las mareas fecundas, por el Olimpo, ella es brillante
bajo sus rayos sapientes nada es confuso nada es vacío.

¡Oh noches de locura, árbol ardiente de la vida!
sueños y reflexiones que la naturaleza descubre, sencillos,
en crepúsculos mansos, Atenea ama, piensa abstraída.

Con su brillantez, nos abre el mundo y lo acoge encantada,
las auroras preguntan, ¿Qué sabe la diosa, que deshoja bruñida
qué misterios, nos deja a través del tiempo? ¡Y yo la admiraba!

Ivette Mendoza Fajardo

Soneto libre sin métrica

Sombras lampiñas

Vagan, sombras lampiñas, tristes por cerros en deslices
prontas a surcar filosamente mares presentidos.
¡Sombras desgastadas, resonando sin cuidado, sin ruidos!
flotan, inquietantes, alarmantes en penurias felices.

Espectros femeninos, trágicos en bocas colgantes,
sus voluntades entorpecen solo mis cielos nublados,
de voces distantes, en reinos desencantados,
¿dónde mis andanzas velan entre brisas de diamantes?

Fantasmas diamantinos englobados, con crudezas corroídas,
como siluetas aladas que protegen tierras embozadas,
tierras nutridas en la sangre alada y luces apagadas.

A mis pies se entrelazan, se abrazan y regresan afligidas,
¡Ah no caemos, no vemos; nos seducen las miradas!
seducción sin fin, en los amores donde la vida es florecida.

El guijarro engastado

El guijarro engastado se aleja,
como un error inaudito
en los viejos atardeceres.

El cielo se desploma como un peso,
inflado de silencios, que de repente me envuelve.

Llevo estrellas evaporadas, tristes y queridas,
enterradas en el círculo de mil cruces;
como este cansancio, la piedra
está destinada a morir despierta, con sus ojos
de música acuática.

En mi mente, la moneda del verdugo
gira sin descanso, gira adolorida,
empujándome hacia las selvas oscuras
donde habitan los miedos.

La hierba en mi brújula inquieta
crece más allá de un sueño nebuloso,
porque ahora eres la distancia que
me invade con un insomnio de palabras,
aprendiendo del rocío que cae
en el mapa desconocido del amor.

Marfiles en espumas, impías y desoladas,
entre las rocas divagan en su nostalgia,
dando latidos a las estrellas por dentro y
por fuera. ¿Quién paga el precio de un recuerdo falso?
¡El guijarro, ahora es un guijarro embrujado!

Ivette Mendoza Fajardo

La serenidad verde de las hojas

La serenidad verde de las hojas sueña con abrazar
la lámpara del mar, como un roce suave y persistente
que busca iluminarse en la resonancia de su murmullo
o en los tentáculos de un calamar sublime,
bañados en pétalos de claridad cotidiana.
El sendero perfecto junto al mar es el ombligo de su penumbra,
evocando presagios en fragmentos de olvido estridente;
oscuridades en letargos de sombras;
enigmas sobre la espiga delgada y veloz,
donde se pierden en la espesura de la noche,
y las voces albergan la razón de la risueña hojarasca.
La memoria apagada del camino es la extravagancia
de un velero mágico en alta mar,
recuerdos que se deslizan libres
a través del tiempo, navegando y mostrando sus visiones,
llevándonos de un rincón a otro.
La curva de su rostro recoge fragancias transfiguradas
que se han desvanecido con el paso del tiempo,
dejando objetos olvidados junto a miradas de dudas fugitivas,
atesorando adioses que se fragmentan en el fuego sepultado
de mis sueños,
reflejándose en el río serpenteante de antojos pasionales,
devorando el momento en destellos voraces de verdades inciertas.
A veces, el sendero de luz placentera regresa, trayendo consigo
paisajes, edades, vestigios y, al final, la gloria de las aguas absortas.

De torbellino en torbellino

De torbellino en torbellino,
la muerte crepita en su morada fingida,
con un eco que resuena en llamas pálidas al viento.
La transgresión arde en un invierno desolado,
y permaneces expuesto en un bosque sombrío,
como un ser vibrante frente al infortunio.

Ignoramos las señales de esta soledad turbada,
donde el destino te lleva por caminos inciertos.
La sorpresa acecha: una brisa insomne te contempla
desde un ángulo esquivo, con luces de consuelo.

En el compás de un olvido acuoso,
despiertas bajo el frío bálsamo de un beso laborioso
en la víspera de un año nuevo.
Contra todo pronóstico, en la sombra gélida,
degustas ilusiones bajo una mirada vigilante.
¿Qué perseguimos ahora tras los ríos desbordados de luz?
¡Las vivencias se desploman bajo el peso del desengaño!
Nuestra ira doblega la lengua ante el último plenilunio;
se desvanece, resucita en la estancia muda,
migrando su esencia hacia lágrimas donde la memoria
se desplaza con las alas de veranos azotados
por la gratitud de los silencios.

Un signo devastador derrumba lo que fue
el eco de una trampa que desordena las sílabas errantes,
y la lluvia incesante nos inunda,
mientras el miedo encuentra su éxtasis final
en las sombras profundas de la noche.

Todo lo marchito arde en el valle de la locura

¡Todo lo marchito arde en el valle de la locura!
bajo sus brazos, el llanto frío de una mirada afortunada
se fecunda en placeres ocultos y frenéticos y es
una cadena de humo, halagüeña del amor,
una copa que recoge la mácula sin lágrimas,
en el destino recíproco de un silencio circular.

¿Tu rumor níveo flota flotando a la deriva de la dolencia?;
las piedras rancias de esperanzas, desnudas saltan,
hunden sus horizontes y es una burbuja gris, apenas,
suspendida sobre los hombros de detalles balbucientes.

Una mezcla de crepúsculos y gaviotas alegres se ordena
para trazar la vida; y caen repetidamente, de repente,
¡se consumen en la Fuente Ovejuna, hasta ensombrecerse!
invocan el sordo presentimiento de interrogaciones tácitas.

Soplan blandamente el prado de los gemidos dorsales que,
exhalan letanías de seducción y de conjuros renovados
como en nuestras vidas que alaban y lloran voluntades
forjadas en el tiempo; y es como un crepúsculo de lavas fraternales
que reinventan historias elucubrativas, cruzando
las sombras lentas de bordes cincelados, por un Picasso en premonición.

En la hipérbole de la mañana

En la oscuridad, la hipérbole inicial de la mañana
se extiende como enredadera sobre viejas conjunciones
en la era medieval de la gramática.

Una asíntota ilumina brevemente el contorno de tus ojos,
calculando el ritmo lento de la matemática que nunca duerme.

Una curva sostiene un ramo de luz,
mientras el automóvil de la geometría
delinea los párpados euclidianos con quietud adormecida.
No es la parábola la que susurra a través de la pendiente imaginaria?
es el eco de las factoriales alegóricas del mundo,
emprendiendo vuelo simultáneo, invisible,
sobre pleonasmos sumatorios agridulces.

En el cuarto cuadrante, en la hamaca del binomio,
divide más que el espacio:
divide momentos, recuerdos, amores videntes, el antes y el después.
Las diferenciales metonímicas, portadoras de secretos, escuchan:
"Ivette, ¿escuchas el pulso del numerador cociente, o solo el tuyo?"

Las ecuaciones de rituales extraños de una polisemia en el aire
se disuelven en el vaho de un día que apenas despierta,
mientras el paisaje de un poliedro alegórico se asoma, curioso,
conjugando números divertidos, fuertes y famosos,
por la ventana de una habitación llena de susurros y sombras.

Bajo la sombra de la duda

Bajo la sombra de la duda, el aliento de llaves arcaicas
destraba cerrojos colgantes, esculpidos en una pasión petrificada.
Ecos agónicos se agitan como hojas en un torbellino invisible,
sin forma consagrada, sin tiempo que huya de su condena,
trazando senderos entre el ayer, el nunca y el jamás.

Dentro del mármol de aguas inmóviles, errantes,
las voces se desprenden como cáscaras vacías en la delgadez
de los puntos suspensivos que abrigan un breve amanecer.
La terquedad de un pupitre condena el vacío de sus letras,
mientras un alfabeto de sombras vencidas lubrica las aristas
del olvido; el alma gotea como lluvia fría por los estambres de la sed,
que se estiran como manos buscando tocar el borde de un recuerdo,
manipulados por hornacinas ulceradas que incitan a devorar.

Los susurros de la brisa se enredan en su propia inquisición,
caminan por túneles de saltos encapuchados y sillas de piel,
retornando siempre al mismo cruce derrumbado, mutilado
donde lenguas enredadas, despeinadas en plumas extendidas,
se extienden con fórmulas de humedad y metáforas de luz.

En el instante desgarrado, dioses obstinados se retuercen
en su propio caos; suben y caen, como en un círculo de
golpes imprevisibles, con la furia de un mar contra un acantilado,
siempre buscando lo que la vida dejó atrás, redimida
en su propio laberinto, en su propia hambruna acoplándose
a un violín que asciende y desciende, al borde de un paraje perpetuo
de admiraciones enguantadas, donde el eco de la pérdida aún respira.

Oda al piropo tropical

Surgen del abismo los piropos tropicales,
y la sangre imperial, en su danza oblicua de relámpagos,
viste las escamas del espíritu, dotadas de sensibilidad
solitaria y una auténtica actitud, "al fin y al cabo" así es.
Estirando la piel al límite, el piropo tropical resuena
como una melodía vibrante en la tonicidad de almohadas fabulosas,
custodiando el signo juguetón de su esencia.

Dejando tras de sí las burbujas oscuras de su comprensión,
"andando que es gerundio", ¡devorando cada sílaba!,
ofreciendo el último chiste bajo la luna tropical,
extendiéndose como un manto de ardiente pasión
para proteger la llama inextinguible del requiebro.
Es el nervio lluvioso de mi legado equilibrista,
clavando estacas dolorosas en la eternidad,
y convirtiéndome en una estatua ante los lúgubres horizontes
de lamentos anarquistas, como 'apretándose los dientes'.

¿Y todo para qué? ¿Para llenar los vientos con labranzas de piropos?
Para que de mi humilde sentimiento solo emanen galanterías,
y mi risa se disuelva, transformándome en un gesto cómico.
"¡Avanza, avanza!", lenta estructura que llenas un espacio de ternura,
y es como florecer en vergeles repletos de alegrías.
Para que mis restos se mezclen con el viento,
y mi existencia se diluya en el vacío, ¡Oh amor mío, ojos de ilusión!
Cansada de seguir la voz del mando,
perseguir y seguir el rastro romántico del piropo tropical...

El dominio olvidado

En mi dominio olvidado, las cosas puras sonrían a su paso;
el zorzal, en su obstinación celeste, canta al cielo.
A través de eones y décadas erradas, entre líneas desgastadas,
surge la luz del alba, titubeante y efímera,
como cenizas que una ventana vieja dispersa
en un manantial sangriento, donde las amapolas del tiempo florecen.
El canto que una vez aprendí en confinamiento
ahora tapa los días inútiles, aquellos días sin luz
¿¡Ah, el frenesí que desafió la razón de Zeus!
Pero su eco perdura, inalterable a través de los siglos.
Solo el resplandor de un musgo en el próximo ramo
revela leyendas antiguas sobre ruinas olvidadas,
en los breves argumentos de Hefestos.
El zorzal se lanza desde sus mares, dispersando
un carnaval griego de follajes, alegrías y melodías al viento.
Su sombra, que es también la mía, solo ofrece ecos repetidos,
y su visión augura días libres de dudas, días contados,
en un aroma de soledad que colorea pasajes de la vida;
son épocas de contemplación y admiración divina
donde yo navegaba en mares de su estética clemencia
y de sus sienas brotaba la memoria de su saliva espiritual.

Erosiones del destino

Lastima más el frío, erosionando el latido,
cuando subyuga en un beso atronador.

El sextante actúa como una manía hacia el vacío,
solitario e imberbe ante el silencio penitente,
en un amargo y perenne huso de casualidades.

Y esos cálices parricidas, aromados de episodios,
son puntos geométricos calzando el espacio
de todo lo posible.

Luego, Vallejo deshoja constelaciones sobre
el ornamento de la noche, mientras el ladrido
del destino apunta a la posteridad de la poesía.

Los faroles de Paz, expirando entre el horizonte
de su existencia y los errores de la tristeza,

¡Ay, y ya no mece la espera en la plenitud
del pergamino!

Solo el rostro del mundo, hermoso en remembranza,
viste mis vestuarios de nueva vida, su dactilar y maleable
bazar de su inocencia en hambre dulce.

¿Cómo podría vivirse en un irracional regazo,
sobreviviendo ciertos arañazos que un lamido
de resplandor votivo otorgó?

Desnudo el tiempo

Desnudo el tiempo, pausadamente me entierro hasta que duela la raíz de las horas, una palabra quema en mis labios rotos y el cielo, mordido por el vértigo, se incendia sobre las sombras que no encuentro. Obliga encender el origen del vacío, hallar en el eco de la nostalgia subterránea la herramienta, el metal que se perdió cuando las ramas tragarón las letras. Me escudriño, te escudriño en la crecida de mi sombra, y no te encuentro, me pierdo en el remolino del corazón grabado. Es urgente, recuperar la boca enterrada, donde los cuchillos de la memoria marcaron en la corteza del tiempo la huella que gira calla duele y no vuelve. Estoy sola, sola contigo, descalza entre ramas, dibujando con las manos abiertas el vacío que madura frente a mis ojos y crece como un peral entre las sombras. Sombras de Luna y Ecos de Pasión Desde los páramos míseros, se enojan y se encienden bajo la luna de ojos miel, el lobo enciende la pasión inexorable a la sombra de sus ecos del mar de la música, y el aire de sus dudas carga con las valijas del perfume, quemando lo que quema denso y sin razón. Adentro no cabe adentro, solo la escudilla del amor, los labios que me nombran son otros, excéntricamente mientras el clavo humilde continuo irrumpe y desmaya los entuertos de la costumbre. Es la lejanía, la desnudez que no promete, un estertor que atraviesa los bordes de la misma herida. Los secretos de una alondra silban como flautas tímidas, y sus corazas derrumban altísimas vidrieras, vibran y turba piedrecillas en los reinos de la bondad. ¿Ayer preguntaron por la limosna decepcionada? Las ramas cubren los bazares de la vanidad y la vieja billetera Gucci renunciando en el tiempo. Desde la esquina, un lienzo enceguece sordamente, y vuelve al escritorio rojo como un cerezo enojado, ¡un violín que fluye, una vida a contratiempo que aroma con desaparición que no cesa de brotar!

El Pulso Angular del Ensueño

Desde el pulso angular expuesto del ensueño antojadizo,
la mollera abierta busca el resorte cómplice
que restaure lo que la algarabía dejó quebrado.
El terrón de azúcar desafía tazas selladas primorosamente,
como ánforas oscilantes que se disuelven entre las manos.
El casal puritano llora en silencio púrpura,
y en el artefacto curvado, la chispa de los corazones
decora tormentas con amigable solemnidad,
golpeando su beso gélido hasta que se desvanezca.

Levantemos el eco de una sonrisa humillada,
donde la juventud sea refugio para la piedad extrema
y la terquedad de un lazo que roza lo prohibido.
Construyamos un puente que serpentea incierto
bajo el brillo casto de una rosa piadosa,
por donde se pueda cruzar con un tambor descarado,
y un pañuelo que convierta el adiós en floración definitiva,
un eterno regreso,
un paso inevitable entre la soledad y el abrazo perdido.

Anteojos de la indiferencia

Amanezco bajo anteojos sin costillas macilentas,
mientras el teclado se lame como una servilleta quemada.
Botellas barbudas arrancan sus muelas al amanecer;
la corbata ilícita se enrolla en la garganta
como un documental de voces calladas.

Entre tú y yo, un grito de memorias deshilachadas
falsifica sombras sobre el zapato viejo que aún compartimos.
Llamamos luz a lo que es sombra enrojecida,
llamamos vida a lo que se regaña contra la computadora,
que cae desde la cima de una indiferencia sin bordes.

¡Tu pestaña musical, mi sombra altisonante!
Se enredan como alambres de fuegos artificiales
en un coro de pantalones sin piernas, afiladas y espesas,
intentando encolerizar una lámpara que nunca fue prometida.

El hombre flota en su cárcel de astros aguileños,
y el monitor mellado deporta granizo matoroso,
mientras se mezcla con la arena del reloj educador,
que se desgrana en notas de alcachofas y bufandas.

Buscamos lazos malhechos y conejos encapillados,
mientras el pino sigue siendo una mentira erguida
y el mañana, desgastado, finge sorpresa declamatoria
ante el asombro que nunca nos abandona
para repartir la oferta y la demanda.

Calles de la memoria urbana

En las callejuelas afanadas de la acalambada espera,
oímos achantados, sin ver las caras conocidas,
rostros perdidos entre golpes y berrinches,
bajo el vocerrón de una puerta que nunca se calla.

Arrinconados, atrapamos charcos con miedos
de ruda y manzanilla, viejos potes de almíbar
guardan la esencia de lo que fue, como anzuelo,
mientras esperamos renacer de los escombros.

¿Estás bien, corazón, sin aire arisco?
con la filosofía del amor consumiendo rosquillas,
cada piragua, cada cincho no recordado,
la falta de una piel aún por descubrir su chillido.

Con cada leña indecisa, que daño no sustenta,
una butaca traza líneas torcidas,
caminos que bifurcan hacia lo desconocido,
buscando ese refugio preciso, aún no rendido.

Erramos en el oficio de revivir, mezclando
marimbas y las voces morfológicas,
en el fondo de la memoria famélica, donde
la noche se convierte en el refugio del mundo.

Cánticos de mármol y lluvia

Bajo el ataúd de la lluvia, el día
siente el equilibrio de una flecha oscura; ritmo leve,
ritmo que cruje en la batalla que luchamos
ante una duda cautivante, resistiendo la rigidez de su muerte.
Bajo el ataúd de la lluvia, el día
es como otro tallo de ese efímero placer que en soledad alimento.
No erras, el tallo vigoroso y miserable que germinas,
empujado por vientos de condensado optimismo,
quizás arcaicas verdades
que de mi alma emergen como un destello sonoro
para rondar y abrirse en risueñas rosas diluidas de promesas,
donde una molécula ahora se estremece, generosa sobre mi pecho.

Animosa vida de la transparencia de un mármol fenecido,
sobre las cadenas mismas de un cuerpo transformado en astro.
Una cuerda íntegra que aún resplandece; no llora, nunca llora.
¡Ríe con asombro, ríe con tristeza!
Hoy niego un lugar, una floresta lúcida
que una luna obstinada ilumina a su antojo.
Es fruto de una memoria de uvas abundosas, hielo y corazón,
hollando sequías de inspiración.
¡Oh árbol del desvelo, redil mustio!
Edad de lira plácida y amena, no empaña, ligera e inocente.
Vino de la aflicción para purificar un lecho caído del perdón.
Ivette Mendoza Fajardo

Balandros y Geometrías del Despertar

Regateo de tacómetro y torpedeo,
para saturar el agua en su reverente pelaje?
esa que revitaliza tu alma en apuros.

Rebotan ecos de pachulí, sangre de marimbas,
breval sin joroba inguinal, fiera inhibición
entre águilas neófitas, sapientes de la aurora,
y el hastío del hangar.

¡Ay, no vienes, géiser de cuerno giratorio!
Entre el jade geométrico, adherido a la hierba,
los dálmatas se mojan en su balandro cenital;
se ejercitan en el gimnasio cantor de despropósitos,
desamparo hacia el cielo, mojan, ejercitan al corazón impresionable;
las águilas se defienden e impresionan.

Pantalla isométrica, gnomónica, abanica en agua monoatómica,
por secuencia auricular sobre la pelusa esférica,
para no escuchar el clamoreo desde bahías fantasmales.

Dálmatas anclados sobre espejos sapienciales,
congelados por la sal de curiosidad satírica.

Ivette Mendoza Fajardo

Crepúsculos del Albor Inmortal

Es esta rectitud la que, inesperadamente, incinera
el libelo de un pez inmortal con escamas de albor,
como un sol repentino que disuelve la bruma matinal.

Ni los objetos de contagiosa virtud desafían el florido
margen de océanos fieros.

Ni las cruces niegan que los sueños son las pompas
de un vuelo deleitable de aprendizaje.

Es el monumento sosegado de un ademán que, ya
pulido, se revela como un pedernal torneado de blancos
crepúsculos de un paisaje desengañado,
con sus garras de marfil emergiendo sutilmente.

Como una perla de placer, busca el bienestar de su destino,
donde cada giro enseña un ritmo constante,
como hazañas reflejadas en el espejo de estancias fugaces.
Y luego, con el guion que murmura entre las hierbas,
el relámpago anuncia solo una catapulta lloviznada
e inapelable:
esa asonancia del páramo sin límites...

Es mejor la claridad audaz del creyente tulipán.
No evadir la hermosura con la radiante pasión
de quien todavía anhela seducir aún más a la musa
de quemante memoria hasta la inmensidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Deseos Cautivos

Deletreo, tarabilla de anacoretas adornada con tapacubos.
El cielo, cual magnate, repite la cartilla demencial;
tú sostienes la gran revelación de un documento,
narrado desde un linaje efervescente.

Observo tus obsesiones henchidas,
que esculpen con palabras la fama de un desquite infernal.
Sin revisar el documento que desvela la aurora,
solo los pupitres estilizados conversan con las calles,
de manera irremediable.

Tu mente, encantada, se corona en delirios crujientes
bajo cada atardecer que declina uniformemente.

Y tus ojos, abrumados por un torrente de elogios,
siembran cosquillas desde mis pies hasta la cabeza.

¡Oh, qué dirán, que soy consorte de Morfeo!
¿Qué sucedería si, sumergidos en sus deseos cautivos,
nos envolviera una ternura inmortal, con pasión desbordante?

Recuerdo entonces un éxtasis de amor,
cuyos pasos majestuosos resuenan en los corredores del Edén,
como olas quebrando en la lejanía de altamar,
y las espinas de rosas afligidas se esfuman de las manos,
para ser ofrendadas a las gárgolas, en su grotesco festín.

Ivette Mendoza Fajardo

Fortín Micénico del Horizonte Medioambientalista

Hechizo empellón en espiral humanístico
de huipiles volcánicos y macachines de sal.
¿Debe ser mascarón neófito, envalentonado,
para filtrar el fiordo oculto de tus secretos
esculpidos en flamencos danzarines?

Oscilo,
entre los horcones de tu hálito,
y las ingles que habitan en el libreto
de tu máscara marrón,
me disuelvo,
y me reconstruyo en mil dimensiones
que embriagan tu olfato popurrí,
forjando sueños de madroños intervocálicos.

Aquí navegamos un Danubio de economía energética,
una resonancia vaporosa
en el fortín micénico y acuoso de tus mares,
en trazos galileos que desafían las órbitas
intransitivamente.

Mis girasoles geofísicos
vibran como acordes cristalinos,
en las historietas ignífugas que
se funden con el abanico cálido
de tu horizonte medioambientalista. Ivette Mendoza Fajardo

Caminos de un Látigo Montaraz

El viento me dibuja con alegría elemental.
Un estéreo gaélico de sombras granulares
suspende la indemne jícara del aliento y la
de las cimas efervescentes que naufragan
y golpean en sí mismas.
¡Cuán extraño este látigo montaraz!
Busco en las navajas del aire una chispa,
un filo bizantino, una broma de chifle...
pero todo es fuga.
Quizás todos, a veces, flotamos ajenos
con el corazón hecho una copiosa condena.
Y una luna en cuarto creciente, al tocar el borde
de un émbolo de humo, estremecemos:
Y en el río curvado de cuadernos pluviales,
en la semilla invisible, en el dúo de la duna,
en todo lo que no existe, creamos
endomingándonos cuando los inviernos
heterodoxos nos preguntan.
Después, cuando el viento implícito
de su aura imperial nos dibuja,
cuando nadie nos oye mascullar,
rearmamos los paisajes masculinos
que se deshacen e ingresamos, por un instante,
en el vértigo orondo del orzuelo.

Circuitos de sueños del ordenador

Con los gigabits de la aldaba, entre pápulas de madera, llora
el petroso ascenso de peldaños gastados en su hardware.
Tregua otorgada a su impresora matriarcal de inercias,
en marcado contraste.
El ojo tapiza el GPS examinado,
girando aún más profundo en tarabilla;
el oído captura un milisegundo en el navegador estrella.
En la tregua de un instante de energía enigmática,
se cimenta una sinergia de poder recalcado
en la fisura de veleros enfriados por su ordenador.
Es la vacilante dominancia del tiempo, con raíces
monofónicas en su PDF carnal.
¡Activa tu dominio ionosférico!
¡Engarza en una sutura pulsátil!
Entre el nervio del guardarriel y su inscripción
en el vacío de la materia desde su puerto infrarrojo,
y el infinitivo de un sueño exhausto que protege
el mermado fortín de mechas mecanizadas, queda
reducido a centinelas y murallas de mostazas,
por el recorrido ansioso de la lámpara del agua, dentro
de musculatura infinita, en software de ternura;
cada percusión es un organigrama puntual y aciago,
del USB del artilugio en un empate de circuito.

Manga de Recreos y Túnica Agridulce

Yo te ofrezco la semicircular borrasca de su antojo,
madreselva,
que habita selectiva en la roturadora de una aurora,
para sacar fuego ruboroso en mis precipitados
presentimientos, que miran y escupen cielos pedregosos
aliados con la soledad de rayuela patentizada de mortificación
serena que calcula desde las ventanas de mis codos.
¡Oh, diadema de leucocitos fusionándose,
como las hilachas célebres del prismático destino!
Porcelana del firmamento, especializada en los
alvéolos de hormigas que buscan manga de recreos
samurái perdido, dentro de manteles de la inconciencia,
mojada por sentencias de henequén pedante
en un rincón acéfalo donde habita el miedo.
Petardos sangrantes que buscan vampirizar por
debajo de los acueductos, sobre la fuerza quebrada
de un relámpago, congelados en el hielo
como la tentación de una muerte de túnica agridulce
y monocromada.
Páginas de la sal, en ascensos que zarandean
un día de trabajo, esculpiendo la arcilla intuitiva
de salarios que recogen el coraje divergente de los siglos.
Hocicos de la uña de un pulgar inmunizante de fragor
fotografían un reino olvidado en el centro de la vida,
buscando espectros entre los torbellinos pisiformes
de los días incomprensidos de una infancia prosificada.

Membrillo y Junco en la Elíptica Celestial

Cuando el membrillo infalible es el junco metílico
que amarra la jubilación flotable de la mezclanza
del cielo y la arcilla al mismo tiempo,
se vuelve dórico, eterno, en un infarto de guitarra solitario.
Me conjuga con la ionosfera del alma de un sueño manchado.

Ven a la elíptica inquietante de los libertadores del cenit,
donde los guardarrieles paleteados y danzarines saltan
con sus brazos de tarántula la violácea intrepidez del bronce,
y el último placer terciario desnudo se extiende, paulatino
tangencialmente, por las divas macrobióticas de quietud ciega
que reinan en el sándalo celestial.

Siente cómo un trapecio escucha las utopías de los urogallos,
cuyas plumas de la soledad, duras y suaves, conmueven.
La tarabilla de tu arcaica arropa de música voluptuosa
ofusca el ojal preponderante del ojo fotogénico,
hasta que tomes en tus manos la oscura memoria fabuladora
que yace sobre la escama mellada de la cercanía cerebral,
recubriendo los intervalos de polos híbridos e iconográficos.
Ivette Mendoza Fajardo

Trucha Guerrera en el Crepúsculo

¡Día de la página sin sabores!
La profética mano del tiempo, emigrante fértil,
en su empeño rasurado de crepúsculos.
¿Quién empuja el rizomatoso clamor
de un tornasolado despertar, semidormido,
que ahora intenta rememorar?

Junto a la fría mescolanza de vivencias,
el lémur de nevadura sigilosa
deambula en su pálido existir,
sobre el mentón de una luna opaca.
Entre termómetros tétricos, la veo:
inmóvil, inquebrantable,
desajustada en la túnica de sus ojos infecundos,
que, al regresar a la aurora,
vuelven tronchados, sin fulgor,
hacia el imperio del polvo figurativo
y su motivación de enmiendas.

Trucha guerrera, de escamas y grito ahogado,
¡Ay!, qué débil picadura deja
su angosto fulgor de adolescencia florida,
en la generosidad del viento que la defiende.
Dirigiéndose a la galaxia, líder de la música celestial,
espera su final ideográfico,
su purga de palabras necias,
robustecida, silbante y aguerrida.

El Semáforo de la Nostalgia

Aquí la cerradura habita su soltería perpetua,
redime su existencia en una resonancia de algarabía inmensurable.
Es la dicha del tiempo donde la mar susurra secretos al oído del océano,
donde un coro de ninfas y náyades
navega desde su ternura marina hacia confines celestiales.
Avivando la memoria de arenas filosóficas,
trazando el omóplato tembloroso de los cactus,
el viento cambiante coquetea con un cielo preñado de diluvios
junto a sus costillas vibrantes.
La brisa meticulosa acoge
enmiendas de los correos electrónicos
que susurran su anhelo al tímpano del azar.
¡Aurora difractada, aurora del bronce sumergido en su propia esencia!
No levantes un estandarte para la alborada retorcida de los tiempos:
¡mira cómo se agita vigorosamente!
Iracundamente, el sol jilguero besa sus mejillas. La distancia es su mirada.
Al caer la tarde, la nostalgia inventa un semáforo de la impaciencia:
nace el beso de un recreo astral.
Otro, en el alba de su existencia, un frágil explorador estelar
se eleva hacia las cumbres:
nacen las estrellas ninfas...
Los insectos del alba forjan sus destinos, desvelando su enigma.

Anarquía de los Nenúfares

Un crepúsculo suspendido descifra el cosmos, en calma,
espejando en su iris de solsticio el juego de la luz celestial.
Esa mirada, forjada en vigilancia, es emboscada por anarquías,
ascendiendo por lianas cristalinas,
esculpiendo dagas en laberintos de estrellas y ríos,
donde las llamas de la percepción susurran secretos
de los nenúfares que danzan bajo un velo de luz prismática.

En este entrelazado de realidades, emerge
una constelación de delfines sabios y cristales vivos,
navegando mares de quimeras audaces,
suplicando una revelación entre susurros ansiosos,
y revelando vislumbres de efluvios oceánicos
que subyugan la oscuridad de la pupila dilatada,
ahora vibrante, guiada por fuerzas centrípetas
hacia un torrente vigoroso que atraviesa
la cima de un manto verde y diáfano.

Este río de pensamientos y silencios,
con su fina silueta de cristal puntiagudo,
custodia el silencio de los vacíos inexplorados,
último bastión de un santuario olvidado.
¿Quién dirige este suave desfile cuando el llanto
ya no resuena en mi ser?

Dentelladas de una Memoria Fugaz

Ven corre, aullido de sombras,
sagaz espectro sollozante de sed inerte.

Cuando tu pectoral ácido rasga,
espolón agudo del alba en semicírculo,
circula en mis venas un sonido quebradizo,
y salival como agua fúnebre reptando,
desde alguna guarida donde
agoniza la vigilia de huesos en floración.

¿Es la dentellada fugaz o el laberinto
que agranda esta memoria?
Ven, recoge las greñas del insomnio,
guarda en tu coraza de noche
las almas magulladas del descanso.

Yo, guerrera del estruendo y la penumbra,
me cierro en mi refugio donairoso tenaz
y atravieso la piel de tus aprensiones,
despojándote de todo brío y clamor,
mientras gotea un consabido sol bruno
por los rincones taciturnos.

El Encantamiento de la Noche Fluorita

Acostada sobre la mácula de metal herbáceo,
bajo la culpa estrellada de la funda de los ensueños,
llueve sobre los camanances de la
luna tejedora de hechizos.

Con la máquina del mito que inicia un nuevo día,
despierta una mitología relampagueante de sentimientos:
conmociones, efusiones, espejismos.

Mientras transitan por el nacarado encuentro,
nacen páramos de luna de parafina soñolientas
entre ensueños y quimeras.

Sus tronos entreabiertos, mecidos por el viento,
dibujan una neoclásica sonrisa suelta
de prados escondidos.

El alma suspira con destellos de entereza
bajo el encantamiento de la noche fluorita,
y su pulso de octubre, en el juicio de la espera,
marca el compás de un tiempo suspendido.

Pixeles y Purificaciones

Puedo transformarme en cielos copiosos de lluvias multicolores,
en el violín de la corazonada de la melodía detallista que eterniza tu talento,
en tu pluma de placeres con aromas pensativos, en tu lealtad eterna,
para escribir el convenio mono cultivado del amor antes de que amanezca.
Yo, el alfiler liberador que, como bálsamo místico, pincha tu dolor y lo sana,
recorriendo y suavizando sus contornos más agudos,
o la aldaba precisa, casi matemática, que revela un nirvana terrenal palpable
en los hilos comunicativos del presentimiento.

Puedo transformarme como el can que, con cada lamido, disuelve las cicatrices
dejadas por las garras de injusticias pasadas,
o mejor aún, en borrador digital de Photoshop para crearte un mundo neoliberal,
que borre nuestras quejas, que limpie nuestro paladar para saborear
días de quimeras emancipadoras de vergeles cibernéticos;
mientras recolectamos nuestras memorias impolutas como datos preciosos,
almacenándolas cuidadosamente en el RAM de mi ordenador,
que nos acoja en el monitor de fantasías y nos permita vivir solo
en tu abrazo pixelado y fulguroso.

¡Puedo sentir cómo en ese último refugio, me transformo
para purificar las aguas inquietas de tu nombre!

Partículas en Colisión

¿Cómo se siente el placer de perderse entre
máscaras metálicas y rostros pulidos
por émbolos torneados?
Es como ocultarse en alfabetos gastados,
mezclados con sudores cuneiformes,
que vibran en la rutina quebradiza de la historia.

Mi descontento es una gigantesca tecla digital,
rugiendo como pestañas feroces en una Troya interna,
donde lo sitiado y lo que asedia se confunden,
fluyen en ríos de indecencia:
una paradoja del cortejo social,
nadando como partículas en un colisionador
en aguas suspendidas.

No rindo cuentas al guardián de lo correcto.
Prefiero la lluvia sin destino que azota mi memoria,
una chispa de conspiración en el aire, sin filtro,
que exhala verdades insatisfechas
dibujando círculos decrepitos en la tarde rota.

Sé que un día, el adiós y la espera que simula
astros en mis dolores,
no será más que un retumbo, como aquel que resuena en la nada.
Una sombra de lo que fui, un viaje por este mundo,
reflejo apalabrado y encadenado a un sueño existencial en la niebla.
Mi soledad, perdida en tus ojos, lazos de amores fugaces,
se disuelven en la corriente, estrangulando nuestros días.

Mercurio y Escándalo: Las Lágrimas del Estruendo

Se ha fotografiado desde el cielo la torre del alfil
forzada, gibosa, a ayudarle a la gota del glóbulo eterno.
La gangosidad espesa manilarga se retuerce y se deshace,
en mística modorra en olas plañideras;
se constriñe y alarga, se fracciona y en tranquilidad albardada,
se enoja y rebosa como un fariseo impetuoso hasta desvanecerse.
El emolumento condensado purga y no avanza asalariado:
garabatea, guiña, estrangula;
su injurioso júbilo de nitrógeno, esa gaseosa llorada y jovial,
está ahí siempre en el incansable embrollo de gemelos gemidos,
y la galvanizada marea de la espina contemporánea y pluvial,
mercurio del estruendo en el agua mártir, frontera de sollozos en el caos.
Se ha fotografiado desde el cielo la torre del alfil.
La reina vanidosa es difícil de acorrallar, de darle jaque mate.
Tal vez sea mejor dejarla sola noche tras noche,
erosionándose en el resplandor del escándalo hasta que
se purifique por sí misma.
O que sufra en su pecho lechoso de lentejuelas,
adicta a su malestar
de varicela empoderada, o se diluya en su modorra
fotográfica matasano.
Ivette Mendoza Fajardo

Arquitectura Sintética del Crepúsculo

En el laboratorio de crepúsculos sintéticos,
manipulo la arquitectura y el florero de la vida;
los saltos cuánticos, codificados por manos humanas, se desvanecen,
rediseñando el azul profundo de la orquídea evaporada;
aquí, los destellos de las orquídeas se reprograman solas,
floreciendo en un ciclo perpetuo de días venideros.

Microscopios y pipetas son mis pinceles y paletas,
realzando y esbozando el futuro en placas de Petri, mi consciencia digital,
donde células y virus se entrelazan en los pastos sintéticos del cielo.
Pielas parpadeantes en un baile de creación y control,
fabricando vacunas, tejidos, quizás una cura para una aurora enferma.
¡Ah, floreros en sinfonías de colores binarios,
vibran como humus bajo lunas fragmentadas!

Cada muestra es un poema de posibilidades; en silencios reconfigurados,
cada resultado, un verso en la saga de la ciencia, en los bytes de
crepúsculos simulados y parpadeantes. Aquí, entre probetas y datos,
la poesía se vuelve palpable, crepúsculos de corazones biónicos,
tan reales como las palpitantes orquídeas de jardines oleosos bajo la lluvia ácida.
Ácidos los crepúsculos, enfermas las auroras, se reformulan,
creando avatares sintéticos, convalecientes o perdidos en la eternidad virtual.

Sinapsis del Presente

¿Para qué imaginar redes de futuros compulsivos e ilusorios,
si las sinapsis de hoy nos bañan en impulsos implacables y amanecidos?
Si el entorno abúlico de la aurora es un cóctel neuroquímico que nos corroe,
y cada respiración del fuego del sonido enciende y apaga circuitos,
degradando asombros sin piedad en nuestras conexiones, en los huesos
del oxígeno claustrofóbico, una a una, temblando de miedos.

El presente es un raudal de pisadas lentas que se diluyen como
descargas de potenciales de acción en declive,
perdiéndose en un vacío declarativo en el bulbo universal,
de otoños contorsionados, como una señal de palabras extraviadas,
como un desconsuelo venenoso donde nos rendimos
ante el naufragio de impulsos fugaces.

Hoy, el hipotálamo registra nuestras pesadillas con despiadada precisión,
dejando en la corteza una nota de silencio, una pausa de neuronas vivas
que apaga el ánimo, que adormece la acción, revelando
la frágil orquesta de nuestra existencia.

Este hoy cae como un goteo de neurotransmisores en la vigilia,
como destellos en la memoria repetida de la apnea del sueño, que afina
mis oídos para sintonizar con el universo oculto de mi ser, o como
la mielina erosionándose en el reflejo de un sedativo del recuerdo.

¿Para qué hablar del mañana, si cada conexión es niebla sobre la almohada
y el futuro solo una red de impulsos sin mapa, una red de neuronas tejiendo
fantasías en la niebla sináptica, hilando los sueños que definen
nuestra travesía humana?

Ivette Mendoza Fajardo

El Legado del Faisán

En breves minutos, el faisán truncaba siglos,
seccionando la savia y la raíz del caos versado.
Desconocía la desolación del ave desahuciada,
indiferente al impacto de sus acciones sobre la tierra.
Su reino estaba herido; sus alas, un escenario de pretensiones.
Entrelazaba destinos al desplomarse,
sobrecargado por fantasías y llantos de otras eras.
Extraño su aterrizaje, que empezaba frío,
pero se liberó de su peso, de sus plumas y de su vanidad,
el día que lo sepultaron,
anémico y comedido en su ataúd de pino,
bajo el suelo fértil donde la bonanza florecía.

Hebra Líquida de Menta y Resina

La cámara, rugosa, captura la hebra líquida y engalanada de la noche,
manos tan gentiles que alcanzan el cielo romano del querubín.

Mi pecho acuático, noble, abre su coloquio mensajero
como un rechiflar pareado.

Allí, las caricias verdosas de los lazos de Diana y los ribetes en espirales
ondulan inmutablemente la conciencia sellada del trino;

allí, la figura de un suspiro esquivo

erosiona el oropel deslucido de la retina, y el corazón, orillado
por colores serenos, atardece en su canosa nostalgia consumida.

¡Saluda, solemnidad de vasta espesura! La cámara, rugosa,
de la hebra líquida y engalanada de la noche es un sonido
tan bronceado que no expira,

es un helecho pensador y descolorado que triunfa como la alegría,
invadiendo mi entorno con lumbres frías de una frescura divina,
en la colina de este sueño de menta y resina.

Versos de Arcilla y Neón

Versos de Arcilla y Neón

Sombra y silencio de maracas de Masaya, estallido sereno,
desvelas mi esencia en el pito susurrante de los vientos jubilosos.
Tu silueta, escrita en versos y música efímera, se desvanece
bajo el parpadeo de neones, narrando leyendas que desafían
la frialdad pulida de tus pasos marcados por tu mente creadora.

Alquimista de lo cotidiano, tejedora de luces errantes,
tu recuerdo es un torbellino sacralizado; tus pulsos,
resplandores viscosos entre aperitivos, jocotes y barro fugaces.
Desde tu cálida base de cerámica, dulce al paladar,
derramas la espuma del deleite;
y las visiones azucaradas se disipan como bruma.
Masaya, telar de sutilezas, me consumes bajo
el ritmo ensordecedor de marimbas celestiales, en recovecos
encantados, donde un mar de flores silvestres
abruma mi espíritu terrenal.
¡Oh, clamor de libertad, invocas
el fervor de un sudor que dibuja senderos infinitos!
Ivette Mendoza Fajardo

Garúa de Hierro

¡Tanto drama, que esto se ha convertido en una angustiosa miel!
Junto al ópalo del aire, donde una vez estuvo, gozoso,
la sayuela de celuloide ahora es un candado triste,
recién forjado, en declive, desveladamente
listo para su uso adecuado en su nueva evolución.
Un cerrojo de razón emocional chispea, indirecto,
a la figura suspirada, en hamacada elocuencia.
De amarillo se vierte sobre el escalofrío azogado de la espalda,
con su estrafalario murmullo de inercia,
con la astucia de un pecho despechado,
de la canilla halagüeña y el pasado vulnerable.

Este es el siglo de carbonos atribulados,
de la caoba pulmonar: tan arbitraria,
en el higo del esqueleto, la rastra orillada de oscuridad,
en la dinamita polvorienta de los días.
Enmoheciendo el catre del murciélago, es
el cuchillo amistoso y el egoísmo errante del planeta.
La voluntad ensangrentada, sin miedo, rodeada de sí misma,
y la maldad de la culebra obesa,
tan capciosa como la colmena de rosa lenguado,
con su garúa patibularia y su hierro ciego.
Con la velocidad del hueso demacrado, ya desaparecido,
con su arrebató de gallo desgarbado de pretensiones,
y con su sumisión a cuevas, todo engarza maduro,
circundando las moléculas de lamentos fotografados.
Ivette Mendoza Fajardo

Birrete del Tiempo

Me acerco al eje indómito del bien,
recorriendo el perímetro existencial
de la ternura, y el cuerpo desaparece.
Salta una mirada astral hasta lo divino;
el alma pierde sus ojos miopes.
Envuelta al sollozo recamado, el cuchillo era
fiel a lo indiferente, arruga maleable al
birrete de la eternidad.
Atrapo las alhajas del infinito como escamas de vida
inmortal;
me lleva el candil sensorial del tiempo,
asido en la memoria con su pupila de fiebre
axiomática que abanica un querubín.
La puerta de la paz y el veredicto de guerra
se desengañan en la razonada del alba.
Legamos en la epifanía agónica del sueño,
como el firmamento de Van Gogh
donde transito por una hondura intransigente
apoderándose de mi lucidez; los recuerdos
desentrañados en el drama del mundo,
se repite como en una misma escena.
La vida, una pleamar de pasiones, con hilos
carcomidos de tristezas.
Ivette Mendoza Fajardo

Soles Pugilísticos

La noche encefálica aprieta las almohadas
del silencio interrogativo,
que indaga dónde yacen las calles
de la muerte.

Bajo la madreperla insomne de la meteorología,
una lluvia se goza y se enreda,
bailando sus hastíos.

La tarde se desploma, nerviosa como goleta,
y ya nada se puede evitar:
las aguas exudan dolores
cada vez
que un pez somnoliento las hiere.

Una lágrima se ahoga
en corrosivas polisemias,
en soles pugilísticos
y leyendas de verbos sangrantes.

¿Quién sutura mis heridas,
las que abrió el golpe vanidoso de un sánscrito
requiebro?

Ivette Mendoza Fajardo

Sarcasmos branquiales

Exploro silencios exactos en los ramales sarcásticos de mi branquial pecho,
como recelosas crines cobijadas bajo un sol implacable, marcando las huellas
inolvidables de horas lustrosas; mientras recorro las clásicas sensaciones
de tu corazón de ceño fruncido y sus gestos libres.

Estoy anocheciendo, agitando el crepúsculo del alba pluvial,
donde en diminutas florestas de satén capitalista se fermenta
la esencia de la verdad relativa a tus damoclianos deseos.

Ayes lumínicos, como la humedad de lamentos tiernos
en arrumacos empapados de lluvia dominical,
son las imágenes locuaces de quien perdió, en el instante
eterno, una melancolía ardiente.

Tras la sombra del círculo, duendes enlosan y escriben
extrañas palabras sobre el astro confuso, digiriendo la muerte.

La sagaz inteligencia del destino es un pez prodigioso, suspendido
en la percha de la luna que orchestra la natalidad del mundo.

Inflexiones paternas del ser infinito surgen
y se dispersan en alfombras voladoras hacia el foso de la vida,
como rastros entorpecidos de la madrugada oblicua y liberal
que empuja un viento privado de espanto.

Marcas de un destino audaz, que saltan
como escarabajos de lo imposible,
y en un solo pestañeo, gobiernan un mundo construido de diamantes,
aferrándose tenazmente a lo blanco, lo negro y lo claroscuro.

Ivette Mendoza Fajardo

Destinos y Medialunas

La nada es antropófaga con esa llama crestada e irreal, nacida en lo longitudinal de verdades inefables de medialunas ocultas al borde infinitesimal de relámpagos amargos que buscan emerger en un día neblinoso, saturado de colores, navegando por los solitarios amores titánicos de lánguidas pupilas y las sombras más lóbregas del destino ciego.

Es quizás una lágrima categórica, oficiosa en su rendición, que se descompone en una ofuscación nostálgica de las fieras tempestades. Es un pomelo de luz que irradia frutos y proyecta cientos de sombras en las grietas del alma.

La nada es un mundo sobreabundante de dardos blanquecinos, de la mente, que se apagan como adormecidos junto al calor exudado por la vida; aún sobra espacio, y también símbolos, que revolotean por los senderos de lenguas muertas.

La nada es la colina del silencio, la trinchera ampulosa, el cáliz del látigo, donde se inclina la balanza de la sangre y donde todos, inmersos en ella, nos pesamos ante el mundo.

Ivette Mendoza Fajardo

Entre Inyectores y Hogueras

Abarca ahora esas dos imágenes ilustres de razones meritorias:

la una, la soflama prometida en sueños de surcos polifacéticos de ternura labrados por gestos y palabras...

la otra, de dedos temerosos del recuerdo en lavado de cerebros.

Entre la extensión de los teodolitos de uñas cavernarias

y la impasible pigmentación del inyector del miedo oceánico,

el esperanzado poemario aguarda la sísmica cordura que se ajusta a la vida.

Entre inyectores de manías hormigonadas y ojos de lechuga llevaderos,

entre la motilidad del ayer picado de radioactividad quejosa

y la alejada hoguera eterna del pensar hegeliano,

entre los farallones fallidos que dialogan catatónicamente en su bostezar

y mi apresurada valentía de clonación del halogenado anhelo,

en la mente serpentea con metas terrosas y teatrales.

¡Quejido de sangre utópica del silencio austral!

Concluyente rural del silicato racionalista...

Quejas de jeringa mal sentadas, eternas...

ternura, temeridad de juegos prehomínidos.

Ivette Mendoza Fajardo

Roma en la Claridad Virginal

En la luminosidad arrojada de un cariñoso panda
que reina sutil en el universo de la ternura,
anegas tu esfinge blanquecina en una
transformación perpetua, blanco y negro,
selvático y lunar,
como en un saludo donde puede un yo comulgar,
con una corneta falcada no hay manera de fallar.
Suspiro cibernético, famoso y familiar de azul
pendón, que rueda sobre la geofagia de nereidas
invencibles que cantan a la robótica pleamar.
Son mías las marejadas en acecho sinfonista,
que miden su ritmo ruborizado con tu lengua sensorial;
asechanza de mareas mareadas al azar, disputan mi razón.
Cuerpos frívolos de metal trastornados, que en otra
dimensión se apretujan en las playas cascarrabias del sueño.
En mi plexo solar nace tu poesía carcomida por comejenes:
Roma romana del rango quimérico se disuelve en alquimia
de amor.
Roma asoma, olvidada de sepultura, en llanura aparece.
Roma en tinta rueda en rodaje salvaje.
Roma de claridad virginal al lado de paraíso terrenal.
Ivette Mendoza Fajardo

Traspasar la Puerta Membranosa del Silencio

Traspasar la puerta membranosa del silencio
y encontrar, al otro lado, el higo enésimo de
una gran orilla de furia habilosa respirando,
hibernado en la caricia albina, llorada
de emoción. ¡Oh mente del deseo blanco,
que espera en vano!

Cruzar las cutículas tormentosas del tiempo
y un parpadeo en el túnel satinado de la soledad
junto al taciturno pretérito con su calcomanía
intransigente, haciendo cosquillas por la espalda.

Sumergirse en los arrecifes crepusculares del poniente
y arrojar esa lágrima incrustada en el velo lunar impaciente,
cómo nos habían ya contado la oscuridad que delira
de un mundo sembrado de elegías malheridas.
¿El pensamiento está en fuga de brazos cruzados?

Vislumbrar entonces que todo parapeto de alto vuelo
es aquel diente tristísimo tan oscuro que cala
la perfidia de una llave misteriosa bostezando en su razón,
perfumando en la magia del incendio de mil facetas,
que se accidenta dentro del fracaso del espejo,
mientras hiere el alba
cuando nos llega la frescura de un ardor milenario...
Ivette Mendoza Fajardo

Vientos Digitales

Viento motorizado, de humor receloso,
que traspasa las sonrisas panorámicas
y navega sin trabas por su crónica vital sobre
la grandiosidad del tiempo, soldado de sollozos.

En su insondable recorrido,
se lleva los espacios sustantivados y oscuros
de trabalenguas mesiánicas.

Viento terapeuta, torneado de palabras,
que encamina a ese universo digitalizado
hacia su entretenida sanidad.

Viento bicéfalo
que asusta y conserva la bienaventuranza
de las montañas sosegadas.

Es el parpadeo del viento que progresa, sublime,
con el silencio profiláctico
y se profesa en la epidermis de la brisa intelectual.

Viento tecnológico
que repone los píxeles voladores
y acerca las rutas incandescentes a babor.

Viento alfabetizado, ¡caramba!, en castañuela,
crujiente de emoción al fin.

El Heliocentrismo Devorado

De vez en cuando ocurre que un sol caníbal muerde al tiempo
consonántico y lo mastica con un propósito exasperado de ilusión.
Le recuerda que debe poseer su heliocentrismo medieval.
Este cae en un vacío hepático y aletargado de ideas apasionadas
que, por un instante, parece casi sempiterno; por lo tanto,
surgen en sus rayos hambrientos, manecillas láser donde
orbitan amaneceres que han permanecido danzando
en una red de nostalgia y congoja.
Sucede entonces que el sol caníbal,
al no sentirse comprendido,
resurge de su desliz y regurgita el tiempo de nuevo al mundo,
ya hilvanado de paciencia.
Como un reloj herido que resucitan sin previo aviso,
el tiempo retoma sus brújulas, que apuntan al infinito,
y comienza de nuevo una radiante realidad.
Juntos, al darse cuenta de que
un sol hambriento o un tiempo sin permanencia humana
no tienen cabida en esta era de médula digitalizada.

Longevidad militarizada, paradójicamente

Longevidad militarizada, paradójicamente,
parcheando su continuidad en las almohadas del olvido.
Un hongo de tregua, vacío y rígido, bebe sediento los relojes del amor
tras las cortinas del viento, y van resonando
sus escalofríos guturales, axiomáticamente.
Los cueros cabelludos, revestidos de pinos y cedros, en sus recién nacidas
jornadas, perfuman violetas inciertas, esparciendo
las sales del mar como pecados de inocencia virginal y divina.
Las escamas de literatura ancestral enfrentan tempestades
de escarmientos selectivos. Mientras tanto, las venas
de la inmortalidad tropiezan con calma contra la viruta
trascendental de un hollín en cuernos sumisos.
Aún más, la bellota del destino inhala la mixtilínea
melancolía que brama con arrogancia en el frío
de gaviotas desarregladas.

¡Allí me detengo, en la ovulación moribunda de horas paganas!
Espumas cetáceas en los dientes del milenio se aman
mutuamente, enfrentándose en las revoluciones del alma
de una tarde comprimida y tardía.
What shadows linger in the whispers of forgotten time?
¡Oh, labios salinos en balas de salva, besad y luego vivid!
Los disfraces de una amistad ancestral; la ionósfera sostiene sus sueños
mientras exhalan espadas de carne y huesos universales.
Ivette Mendoza Fajardo

Cantos del Mundo Manso

A manera de tamango sinrazón,
una aventura matinal fatigada silba y gotea
la necesidad argumentativa.
En su alma sedienta, horas claras le anuncian;
en un motivo rencoroso, la niebla de belleza tibia
se rebela, aventurándose a explorar placeres con sabores afligidos.
Las ausencias trabadas por el estallido del asfalto
en el ultramar de días embrollados,
ahuecados, escapan insatisfechos,
y donde el manso mundo termina,
canoro, retrocediendo por dentro de sí mismo,
llenando veredas resonantes con estío hacia la vida.
Rizado, deprisa, adelgazándose en la fuente enemiga,
su fuerza aterida, la sinrazón, dudosa de delirio, es igualmente
acotable.

Ivette Mendoza Fajardo

Retrato de un Alma Agolpada

Nervio segador, oscuro de aflicción, que
observa de improviso el vacío metódico y porfiado;
tú, noctívago, sombras
entre lingotes de gritos, proyectando tu mansedumbre al infinito,
recibiendo las tempestades brunas y lentas de otras eras.
Y, en tu senectud sórdida de llanto, un miramar de comprensión
ágil, que regresa a contrafuego, te embarca como
un alma de canto agolpada ?
controvertida entre magnolias alfabetizadas
de huesos marchitos y salobres.
Seniles, añiles y nocturnas,
agitando la idea demacrada de labios apóstatas,
donde la angustia llueve desde un árbol bilabiado.
¡Ay, serpenteante espuma del placer,
bramas ese instante que se vierte vertical y atareado,
mientras en macabro efecto te deleitas!
Por cada milenio y muchos más, configuras
huecos de clemencia en pesadillas ochavadas de misterios,
jalados hacia el oeste por un corazón destejido cabalgante;
y hoy por hoy,
la cleptomanía de la tarde nómada se remuele en su propia angustia,
¡Ah!, alma de nervio segador, cavilando por esas brechas que consumen
la falacia de tu furia intempestiva.

Ivette Mendoza Fajardo

Encrucijadas de Látex y Latitud

Sabias, las murallas lactantes cavilan dolorosamente
ante mi memoria oculta, en una visión hazañosa de salvedad.
Cada lado voluble de esta meditación díptera huye de mis manos febriles,
como una distancia sollozada que porta un vano olvido,
fenecido dentro de congojas gelatinosas, sulfúricamente.

En el plano de su maquinación modular de ideas, se desvían
de su centro oblongo, circundado por un globo terráqueo de latitud benevolente.
¡Oh, globo neurálgico y nevado! Sufres al lado de tu plateada soledad,
interdental en su leve peso.

"Who marks the hours within that aged sphere of unresolved reality,
burping only reflections?"

Lo que es transparente lo es consigo mismo, como el rostro de una
encrucijada que guía un instinto condenado a observar el relato
imperioso de dudas hormonales en el recreo del látex fracasado.

Monociclo de silencio ambiguo y catálogo trimestral del sueño
arquitectónico que recibe al vacío bien congelado de ilusiones
inermes, llora campante, confundido y sonante, blasfemando
la infección contorsionista en el colirio de ayer.

Apatía de cuernos macarrónicos en coquetos malabares
deambula por las calles de ojerosas paciencias y en la lejanía
se pierde para reclamar caminos de pegajosas perseverancias.

Ivette Mendoza Fajardo

Pestaña de Luz y Sombra

Una pestaña de silencio barroco se desliza simultáneamente,
alada y reflexiva en el costado vibrante de rápidas cosquillas.
En los primeros parpadeos, ¿no siente también miedo a la luz? Luego, sonriente,
inocente y esculpida con rostro de versos, ilumina con fervor
una pegajosa geometría donde se posa en la memoria
cinematográfica de arañas sanadoras.

Asciende por el sol, el rey de debates resonantes,
desvelando adjetivos despreciados;
en el círculo de la noche tibia y densa,
busca una realidad verbosa e insospechada que, desde su
figura monástica, disuelve su indeciso existir.

Pestaña serena, colorida, ¿camina en puntillas hacia qué sueños?
Hacia el rescate de un frío platino,
constante y auténtica, insólita y recordada, ahora
percibe el vigor amortiguado de las almas que, con su frescura,
no provocan la oscuridad desdichada del rencor.

Pestaña equilibrada en la era de la perfección, a mil grados
centígrados de su agitación, reclama la perpetuidad multiplicada
de culpas y en las virtudes del sonido meticuloso que alberga
en su pecho, como un adorno enrejado en la mancha fluida del beso,
vacío de penumbras, pronuncia su último discurso de certezas juradas
en las ranuras sutiles de la intransigencia. ¡Oh, pestañas que se transforman
desde adentro para renovar su inspiración poética! Pestaña léxica de sabor único,
¿quién más podría desafiar miedos en la manivela de un beso tan acusador?

Concavidades y Estrafalarios

Era cóncava la verdad y estrafalaria la mentira.
Un enternecer silencioso entre cabriolas y violín.
La grandilocuencia de una caricia hexagonal.
Un soplido impertinente de la furia gibosa.
Era la mano que hace explotar las palabras, las enmudece,
y nunca obedece al embrollo lexicográfico.
Como de manera pegajosa distrae lo que sucede, sin saber
que en su vanidad acéfala es solo la oficiosidad
de la pena que, al caer al fondo de un barril, huye de sí misma.
Menaje orondo es la melindrosa memoria del ser,
el hálito que platica dulcemente con el papagayo.
Osmosis de agua ósea que dispersa calcio
en polvo y vuelve a ser agua de sarcófago.
Suenan una llamada en falda adormecida y
deja de ser explotadora desusada y cabalgante.
Pero el ojo deseable ignora que la huida es dilación,
y tanta mazmorra de prisa libera la diéresis dentada...
Y no sabe que es la gramática dichosa de una castidad disgustada,
que la luna efusiva del espanto, en un año luz, evapora.

Ivette Mendoza Fajardo

Del Olvido al Firmamento Numulítico

Sea de colágeno la idea elástica de la piedra errática,
sobre la que se puede deducir que no hay estela hilada hacia
lo profano, que es lamedura de olvido sobre el olvido
magro y clandestino.

Para el virgo sueño de lo inútil. Dócil lira, descalza al acecho.

Cobija poliéster sobre el mutismo biogenético. Literatura infiel
en paradigmas dactilográficos. Llegó en la noche ensangrentada.

Borrasca y vehemencia en el tercer ojo. Leve consuelo de una canción
añeja sobre el viento que choca contra las aguas volátiles del alma.

Perlas del poniente que penetran más allá de un corazón inyectable
de fantasías romanas,

y se incrustan en el silencio pitonazo y en la metáfora saltanejosa.

Poema zodiacal de rimas, tipografiado de lágrimas vellosas y vacilantes.

Sé vocero de leves amaneceres. Velocidad del equilibrio, arpepiéntete.

Y en cada época, dadivoso, razona tu ternura. Mírame, quíereme
hasta incendiar las horas de pamplinas y que no turben los sentidos
solares.

De amar, de amor, el firmamento numulítico parece adolorido
de peligro en hontanar marmolado de irrealidad.

La vida, sin temor a la perpendicular del cielo agujereado de símbolos
enigmáticos, se incendia sin remedio.

"Is there an astral melody in the chaos of eroded memories,
or do we only hear the silence running in our illusions?"

Ivette Mendoza Fajardo

Vestigios del Torrente Seductor

Algunos mundos muertos ya no imitan:
sus oscuros motivos nos comprimen.
Litigan, entierran sus garras luctuosas,
y se desvanecen, eclipsados de esplendor.
Mis lozanías barnizadas ostentan;
ostentan mis recreos, picarescos, en reticular aprieto.
Se adueñan del torrente seductor,
sellan con torpeza roja los fragmentos del destierro.
Al tanteo, intranquilos, que ascienden por un pretil,
quedan despojados de su esternón;
la señal truculenta se deshace entre sus dedos.
De sus teorías marchitas de falsedades, exudo el veneno
de sus palabras fracturadas, tintadas de ilusionismos góticos.
De sus investiduras discordantes, aquí estoy; de su agilidad, mi ocaso.
Ante la ventana de discordia, con el delfín conciliatorio, se presenta
una vestimenta globular de panda nervuda, y derribo otra ventana de discordia.
Entre párrafos, me imitan las comadreja del arcoíris;
entre párrafos, mis estertores heladizos avanzan hacia el zócalo imparcial.
De mis despojos sin auxilio radial, relumbran iconográficamente.
Sus palabras mullidas caen como cenizas calientes,
quemando lo que tocan, evocando el tacto y la sensación de mi dolor.
Despojo este jolgorio de carátulas fallidas, como un embrollo anochecido, y aún
más, los dados de mis símbolos corroídos, jadeantes, rebosan.

Ivette Mendoza Fajardo

Desde el Periscopio del Lazarillo: Visiones y Batallas

Chimango. Los halcones del Lepanto
ondulan sus banderines. Surge una llamarada
de cómica pretensión entre las alas hegelianas
y los hierros nivelados del laúd americano.
La mar latifundista en furia reclama,
devora un espesamiento casual.
Se levantan los soles salmistas, emboquillados,
y las cruces, intransigentemente fanatizadas, desconfían.
El viento dicotómico se ensordece con maldiciones
ante el trueno malsín rojo de las carabinas resignadas.
El Lazarillo de Tormes sostiene el periscopio en sus manos
y, con la resonancia clara de campanas antiguas, va guiando
su manto visionario como si fuera su tercer ojo;
aún de pie, guía el universo pegajoso del amor,
esparciendo su fiero corazón de oro profético.
Serenísimo, contempla las malvas purificadoras.
El carromato falcónido, su actual refugio,
clava con su pico vengador el alma,
atraviesa todo hasta el rauco deber?
la cabeza feroz de ruborosa valentía.
Al frente, en el firmamento, el halcón americano,
con alas gangosas embrolladas en un impulso escueto,
alienta a los cíclopes con ojos níveos de la mañana reciclada
de navíos torpedistas, y advierte continuar en una batalla astrolábica
contra un vacío rebotado en manchas lúgubres.
"As the storm's roar fades, does the cry of the falcon
still resonate with you?"

Ivette Mendoza Fajardo

Aullidos Mesiánicos y Caricias Samurái

Fue modulando ? aullido mesiánico, caricia samurái,
itinerario fractal de mariposas en espirales de neón,
amplitud de émbolos, cicatrices en fuego virginal? síncopas,
nos desintegra en siluetas de códigos errantes,
un llanto polemista, pixelado;
marchamos hacia naciones no cartografiadas de solsticios fracturados,
en rondas despestañadas ? amor encriptado, penitencias difractadas, dolor cuántico.

Como Sor Juana Inés de la Cruz, como Dante solían
caminar en el celaje de los páramos:

Inés, poética, sabia y perspicaz; Dante, lleno de enigmas,
bebían el elixir de sus silencios pendolarios...

"Can we ever outrun the shadows of our own deeds?"

Fue así, improvisando nuestra plegable
perplejidad ante querellas del recatado espacio en gentilezas purificadas,
la expresión puntual de la fuga rebosante en propulsión a chorro,
y el inexplicable beso silogístico que somatiza la espera del légamo machado.

Curvímetros del Amanecer

Ascenso jubiloso, entre moléculas de éxtasis, timbrado
amor cifrado en corpiño de decímetros vibrantes,
bajo un séquito que se tiñe de rojo, curvímetro espacial
anuncia la metamorfosis de aves en ninfas celestiales
de un cosmos en perpetua transformación...
Serpéfulgores sacrílegos centellean,
entre las manecillas ancestrales que reinventan el luto,
sobre horas coloreadas en la red cósmica cardiopulmonar;
ignorando los votos que exigen ofrendas primitivas.
Danza disonante de albores distorsionados, chiste bronquial
enlazados, irrevocables, dolor crepuscular
que surge al desgarrar la vista de la vastedad que se levanta,
esbozando arácnidos de luz en el velo de circuitos,
donde tacones y tules murmuran vanidades al vacío,
mientras la primera luz desintegra la esencia coral, impulsada en el páramo
de emociones fragmentadas, en coyunturas radiales curvilíneas
dejando atrás el cadalso de una luna desmadejada en su resignación...
"Can you feel the pulse of this digital heart beating through the cosmic web?"
Ivette Mendoza Fajardo

Lánguidas Ventanas al Pasado

Montañas escondidas conceden impulsos ocultos,
en abrazos sublimados, herencias líquidas?presidiariamente reveladas,
antiguas creencias bajo máscaras matizadas, invasivas,
tejidas de remembranzas que el viento desplaza.

Here, I establish the whispers of the wind,
navigating luminescent oceans within cunning tides.

En pabellones marítimos, refugios de mareas astutas,
mi dialecto del aguacero trimestral?exultante,
articula misterios entre pinares del esternón.

Lánguidas ventanas, lienzos que delinean
códices verdes, insurgencias de hojas,
mi voz?escurridiza, busca arcos temporales,
anclados en rocas timoratas, sombras erosionadas.

Ivette Mendoza Fajardo

Pentagramas de la Sombra

Vidrio milanés habita?mi alma perla goyesca, desabrida
?emerge del silencio, ocultándose en los pliegues de la razón,
una gacela coagulada, suaviza los insomnios, industrializados.
Nieblas catalanas, un limbo famélico danza con torbellinos necios,
disfrazando?con recelos?la espera policrómica;
dátiles del descanso dariano, destacados, deambulan?ociosos?dejando
tras de sí salivas oraculares meditadas.

Recalibrada, mi soledad?codorniz eflorescente repelida,
en sombras se alinea; contornos pulidos a compás
dirigen una sinfonía de emociones ocultas, extintas en apariencia.
Una gota de reflejo, mercurio en medusas,
un insecto desalado se libera entre sienas sangrantes.
Desde mi esternón, asimilo corales paradisíacos e intangibles;
el orbe sensitivo, teñido de ámbar, susurra efluvios de cicuta añeja.

Madonna del deleite ocular en Greenville?estación subterránea?
notas dispersas como mástiles en naufragio;
mañana, pentagramas hibernados despertarán, gradualmente.
Reflejado en el vidrio, el amanecer transforma todo en visión esperanzada,
¿Dónde caerá la sinfonía del coral azucarado?
¿Cómo trazarán las medusas, en auroras urbanas,
arquitectas de corrientes, el mapa
de mis reacciones instintivas sobre la almohada al soñar...
cuando las aguas azafranadas, en su viaje hacia el sol diluviano, se apacigüen?
Ivette Mendoza Fajardo

Silencio Codificado: Ruidos y Espejismos

Silencio mundano, cárcel de palabras no dichas,
descifrando tu esencia en cifras vulneradas.
Te revelo en la cadencia muda del agua amordazada,
y en la penumbra de una bruma enervada, te descifro,
destilando la amargura púrpura, gota a gota, ruido a ruido,
bajo el leve roce de tus labios, cuarzo y mica.

Tu humor, fruto maduro del azar,
electrifica el aire, carga cada partícula de mi ser.
Pasión, nuestra fusión estelar en la vastedad,
pospone las mordidas pétreas; tejamos juntos
la tela de nuestra coexistencia,
mientras un torbellino de ímpetus prístinos nos promete el infinito.

Mi espíritu, anclado en la constelación de tu aliento,
captura los ecos de un sol difuminado,
negándose a disolverse en el vacío del olvido.
Tus manos, refugio sagrado, preservan mi esencia,
mientras un nuevo astro brota en la oscuridad,
un destierro silente iluminado por la certeza de tu existencia.

En la nebulosa de tu suspiro,
mis alas de ave extraviada hallan descanso,
y en el enlace de tus dedos,
ninguna fuerza, ningún fragmento de cosmos,
podrá desgajarnos.

Ivette Mendoza Fajardo

La Sinapsis del Silencio

Efímero, el cloroformo del pensamiento,
navega entre la sinapsis del silencio y el límite del horizonte,
custodiando y recompensando mis recuerdos.
Mitones vespertinos; comitiva colegial y bufonesca,
que madruga en sombras,
se eleva sobre el asfalto de tu voz encegueda.
¿Acaso mis ojos se conglomeran al impulso del neurotransmisor?
Ahora, más cerca del espectro maternal de tu mente inquieta,
soy el metal indómito de tus miradas fatigadas, bordando
la profecía amorfa?
ensamblando la electricidad de tu jardín neuronal.
Bajo la constelación que truena a medianoche,
descienden mis labios hacia tu cintura alineada con el viento norte,
para sustraerte, furtivamente, el sueño imperioso
y desenredar tu fatiga en la contienda elíptica...
¡Silencio, cámara en fotogénesis!
Con solo tu elocuencia sagrada, se consuma la rendición,
derramando el amor fluido cuando ya la luz divisible se torna insípida.
Ivette Mendoza Fajardo

Guardianes de la Luz y Sombra

En la litosfera atemporal, ardientes litigios de maderos
entretejen universos paralelos. Un diafragma
captura elípticas veloces, articulando instantes:
cada uno, un mundo de otros mundos, contrahechos...
Busco en los puños de cloroformo, una efusión que adorna
las fachadas del cosmos, ascendiendo como un grillete
hacia la mácula inmaculada.
Procuró no desfigurar el curso en el nervio del muelle,
¿Qué protege el alma bajo un parasol de sombras ilusas?
No detengo el deambular de una pupila gaitera
que silencia palabras, guiando hacia la luz de su senda.
¡Humus sonoro!, guardián del beso magro del concepto:
fecundo beso, oriunda percepción de un ordenador martirizado
que, en la bruma de mi pensamiento, renace, delineando horizontes
como escudos ante la muerte.
Ivette Mendoza Fajardo

La Noche Monigote

Sostenme en el brocal amorado,
del consejo crenado, empobrecido;
alamedas envirotadas, anaqueles
contemplando mi vanagloria ilegible.
Imprevista lentitud? molestia monetaria,
enfrenta la joya lobulada del misterio.
Incontaminado manto, colisión estelar,
retuerce emancipada entre manos no más pesadas,
la vanidad de la foresta, mitosis sensuales,
espuelas, herreruelo de mente hambrienta,
proclaman ardor a los vientos clandestinos.
Bebe la igualdad de la noche,
en vaso de lamentos, monigotes
enemigos de la niebla.
¡Bebe otra vez, noche granulada,
hasta saciarte de frialdad eterna!

Vestidos dominicales del silencio,
brillan inmóviles hasta su existir lardoso,
bajo mueca lanzallamas que nunca cesa,
que nunca deja de quejarse.

¡Ay, grandeza que corroe el grotesco guardapelo!
Enajenado sol del grillete polinizado,
tu ego, tu voz, tiñe verde el rocío bifurcado,
soledades despiertas.
¡Ay de ti, arraigarte perenne en mundo implacable!

Espectros del Vacío Libertario

Hoy, la jornada inmarchitable se viste de un nuevo matiz,
no solo marcada por rutinas gravosas;
luces galantes, electrodos que se deslizan como hojas,
rendidos al azar de un aliento esmeralda
que sopla suavemente desde la luna consentida.

Mortero de sangre y vino, pulsando ágil en arterias herniadas,
mientras seres de celuloide en escenarios incitativos
sacrifican espectros empapados por lluvias de neón exhausto,
sanando sus cerebelos lastimados.

Estandartes pedigüeños se dibujan en el cauce de borrascas,
una purificación nívea del verano resuena,
dolores en pellizcos que se filtran a través de cristales,
sin arrepentimientos, sin pautas fijas,
solo el volumen del fardo progresista promete algo,
llevado por un empujón tímido del viento cizañero.

¡La claridad pavorosa se desborda con rapidez imprevista!

Plantas sedientas en mulleras se apoyan contra el muro,
una hostilidad se desgarran en el vacío libertario,
lo que existe, lo que se persigue de antemano.

La vigilia entusiasta resplandece entonces, brillante como aceite,
un satélite enviciado, emperejilado en transformación, un astro desmenuzado,
y escarchas devoradoras de nieve añeja se deslizan en unísono compás,
navegando en los músculos empíricos de los acueductos,
piel del otoño desueto, como un conducto de plasma denso,
buscando su final en una clavícula consciente.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Siglos Digitiformes

Un trabuco gráfico púrpura creía ser dueño?
de la falange del cielo policéntrico,
oscilando?

Océano de brasas debilitadas, canto de soberanía,
océano de fulgor embravecido, universo en pausa,
océano de eras fantásticas y siglos eclipsantes?
enmascarados de acetonas, soles de trigo guarnecidos,
folios descoloridos en impulsos que despiertan las cosas.

Claridad, desertora del recinto, golpea con la fuerza divulgada,
estornuda cánticos indefendibles; ignora su corona de escarmiento,
se eleva en magma en el techo, dentro de abismos digitiformes
de la noche incandescente.

Arterias drenadas al viento jubiloso, de realidades míticas,
parasoleado drenaje láctico con baba lampiña que estruja su simiente.

Índice de lamento placentario navega en connubio trágico-cómico,
descarriando las rutas del sentir, un mapa inconcluso de pulsos
y manoplas en motilidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Majestad de lo Efímero

Cima del encanto, lenguas misteriosas:
Sacrificios aéreos, cada clamor alado, reza calmado,
inmediatez suspendida bajo lágrimas celestes,
diluida en la vastedad de algas virginales.

Mesnada de impulsos esbeltos, gracia que
de alacridad juvenil flota, inalterada,
en el vacío incoloro saturado;
contraste con su plenitud tangible.

El mundo, candor sobre energía glotona:
reflejo discreto en el abismo contrincante,
visiones puras fluyen en cascada. Solo suma,
la voz del resplandor teje verdades sutiles,
mientras su esencia se evade, majestuosa.

Dulzura de los cintillos bufos, irreparables:
Buque apóstata con la época olvidada frota,
el desamor cotidiano se desvanece y diserta;
recuerdos, apenas palpables.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Barranco Manirroto

Radiobaliza el aprieto: un barranco manirroto.
Hilador de ciudades sincronizadas, desmotivadas
manivela fanatizada esparcida?sin lógica, motilada?
en el cinemático oscuro polen de techumbre, puntualiza.

Bisagras preconizan, torrenteras de diverso conglomerado,
letíficos desechos que hostilizan somas, octagonales
radiobalazar la razón: un muergo imposible, hiere cruel.
Inverna estolón, inflamando catafalcos, palpitan en la catástrofe.

Islas, dulce cosecha derramada; investidura,
istmos invertidos, selva sobre las uñas, en cataclismos,
conflictos: salpicados de manumisión, errada en
asaltos que dibujan estrías en la esfera.

Estructuras imperiales, emblemas en gomorresinas
se alzan, dominando océanos, armonías,
conflicto?flor mundificativa?como privación, fumante,
restos jeroglíficos, engullidos por su propia fiera cuprosa.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Humo a Humo Empinado

Humo a humo, humo empinado
transformado en amable sonrisa enarbolada?
cenefa de hora indomable, revela
nuestras siluetas blancas, heladas de litigios.

Magia herida corta?
una máscara más, neperiana,
se suma al parasol de suicidios.
Lágrima negra, perogrullada
bebo sola de la copa sangrienta, dogmática,
astucia femenina, escarnio de mi sobresalto.

Un filtro de calor garabateado?
nacido de una oquedad ilesa,
intimida por primera vez inventada.

El lingote de maldad es demasiado mitómano.
Sueños como monturas moribundas,
exigen sombra náutica, claman luz de parabrisa.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Parpadeos del Desencanto

Llega el parpadeo forastero del tiempo,
pardusco y jocosos, sin manivelas ni jorobas.
Soy testigo de su burbujeo clonado en un destierro negro,
donde la hora diluvia honestidad pareada.

Reitero, guardián del tedio fanatizado por la ausencia,
cuando el hambre picajosa marca su alarma, y el radar
se vuelve cancho; las ropas se desvanecen
como carrizos ante alambres que no cuelgan mi dilecto rictus.

Prometo silencio en este procesamiento de lo imposible,
donde lo importante se diluye y nada brama con significado;
y sobran los remiendos en corazones rodadores,
en esta forma desmesurada y necia de afirmar que no existo.

Diré que el mantel nos dramatiza; el sol odioso se oculta,
absorto, y el sompopo sardónico camina avernos irreversibles,
sintiéndose como señor y dueño de las cosas
entre los rostros añejados de idilios conflictivos del timón
de lo cadente.

Soy testigo de este brío intrincado que inexplicable
cubre la sobriedad del tiempo,
en esta ciudad espectro, un soneto tequioso donde la clonación de la rutina
multiplicativa niega cualquier cambio. ¡Oh, vibra brillante el verbo psicótico!

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Protones y Pulmones: Puntos Reclusos del Mundo

Las pugnas siderales hacia objetivos claros por auto recreación.
El imperio florícola de la desdicha en la molaridad solar entorna
causal y junto a las borrascas hipnóticas,
se interceptan, juramentadas.
El proceder inminente de la ilusión tecnológica.
La energía haloidea bajo la tierra infanzonada.
La intervención de los vientos lazaretos de mancuernillas faraónicas.
La exploración de inteligencia licántropa.
Los errores de la operación maruja.
Todo en favor de las monomanías de números dirigentes
y sus binoculares fallados de latidos divergentes.
Sólo paginamos la catástrofe
de la paráfrasis histórica y pigmea
que puede estudiarse en los artilugios
de emancipación termonuclear.
Paisajes presagiados del pretérito laminado.
¡El protón del pulmón de un punto mundial recluso!
El barrilete románico transbordado desde un sótano unicelular.
El silencio tentemozo vitaminando una litoral, en decadencia moral.
¿El anochecer encefálico sexuado de la masa carente de lobotomía?
Ivette Mendoza Fajardo
Poesía Experimental y Vanguardista

Disputas Monospermas

En las biosferas hidropónicas en moratoria,
en las afluencias labran puntas que disputan sin cesar,
o en los casamientos monospermos de la naturaleza social,
expropiamos toda aquella ganancia que guarda
un largo y angustioso silencio.

La tiza lobulada que rayaba
el pizarrón la mollera de la picardía,
y sus monetarias infidelidades.

Nos dicen que todo fue deficiente:
el chopo del chispero lagrimoso,
la bañera que calificó joven
en su examen trimestral, horripilante.

Los lamentos que eran las falsas verdades
del ataúd ataviado de causas y efectos.

Todo es consejo concentrado ilustrado
de igualdad.

Pero eso, juntamente, lo llaman
los licores menopáusicos del mundo,
las revistas del mechón que nos patrullan,
y las picaduras herculinas que debemos curar.

Quizás,
lo último, lo que solo
debe ser inyectado con la jeringa del júbilo pasional.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Ignición del Desvelo

Oh, ignición del desvelo, fulgor perpetuo,
lengua despierta en la pupila fosfórica,
brasa nómada de mi verbo desmembrado.

¡Llama caliginosa, mía, irrevocable!
Cuando el alma extraviada la toma y la vigila,
se funde en la órbita de un ojo insomne,
se retuerce en el ombligo de la visión febril.

Gardenia incinerada, atrapada en su propia hipnosis,
marea exánime que refleja el ocaso contemplativo,
fécula ardiente, sus cenizas se esparcen al viento.

¿Ritual en alta esfera o sombra crepitante?
Luz sometida en plegaria desollada,
tibia osamenta que vacila en el umbral de la combustión.

No hay regreso, solo brasas que recitan epitafios.
El fuego es cúspide y cenagal,
afonía y estallido,
fosforescencia inestable
de un renacimiento que nunca se sacia.
¡Llama! ¡Hoguera de la ilusión inagotable!

Ivette Mendoza Fajardo

Arcaica Afonía

Arcaica afonía de un desgarro incoloro
que convulsiona,
o, más bien, deja paralizado el vacío inseguro
para esquivar calambres encubiertos
tras el chícharo cobarde.

Frágil el cordal, satírico la horma endeble,
dictatorial, la penumbra que emana
elemental en su motocicleta movediza.
Apocamiento al reclinarse incierta,
seguridad en saberse ducha:
hormiguea el abecedario oval
?fricción estridente de la mandíbula labriega?
en la igualdad.

Concordancia aguda, como filo jubilado,
ademán nulo para el detallista,
para la gravitación del grito que fecunda
un hidalgo velo entre partículas de franqueza:
?desveladas armazones alertan
el paso embriagado del frenesí,
la exorbitante gota encarcelada?.

Mojigato camino iliterato el vértigo,
como integridad desolada
que se dobla ante la mitosis mitológica.

Ivette Mendoza Fajardo

Poesía Experimental y Vanguardista

Humor isomórfico

Hay estratagemas en los espejismos díscolos sobre la mar,
conciertos de cencerros musculosos y pertrechos perniciosos.
Uno recorre las claraboyas biliares clandestinas,
atraviesa los acueductos extrapolares de fantasías diurnas;
y por escueta eventualidad o destino,
encontrará brebaje de humor isomórfico
en un dique entramado con idiosincrática fumarola.
Encima de todo,
un retrovisor con migrañas visuales,
desfiladeros que se constituyen en los encéfalos empalagosos
en el aire que escolariza las moradas neurolépticas?
se granulan levemente de eternidad
bajo el grifo inequívoco del firmamento mohíno.
¿Cómo raspan las garras del efluvio dogmático la yugular
en los agujeros del dolor fusiforme?
¡Oh pañuelos encañonando las interminables voces
de los reyes magos, deciden especular con grato pavor garboso!

Ivette Mendoza Fajardo
Poesía Experimental y Vanguardista

Inventarios del Delirio

Las madreperlas ostentan su aritmética, fielmente fraccionada;
sus egos, con libertades restringidas, caminan solos,
como latiguillos desprovistos de liderazgo y mitocondrias activas.
Imito el adverbio huracanado;
imito la insulina del infinito, preludios de futuros comicios;
imito la madeja del ópalo en síncope, dispersando sonos.
Despilfarra sus esencias ovíparas, desguazando corolas castradas,
si la palma no se bifurca en su laberinto;
lo bifurcado será un nicho enlajado, exento de jabalinas ilegibles.
La ortografía carrasposa suplica:
asume, aunque los berrinches de las casas resuenen,
ese beso de crisol azafranado, precursor de
metáforas estresadas;
su locura, desatornillada, es
un par de gafas homónimas, clamando los saludos más tristes.
No te enlaces al vapor de su juguete con emblemas pesimistas.
Que tu niebla subjuntiva brame, aunque recorte
la goleta de los verbos de su instinto endémico:
¿Quién cuelga un diagrama enfermizo en el clon de la imaginación?
¡Oh, sangre de electrolisis elemental, campante en tu redil!

Ivette Mendoza Fajardo

La Quirina Vieja y Gozosa de Vida

La calavera gozosa de las quirinas viejas,
chorreada de pavores y amores en astros soberanos,
la cabellera pagana de las aldeas solteronas
y un mal de hora buena sobre el toldo vespertino,
el pelambre contribulado que brota de la nostalgia,
son los cielos fanáticos, enguantados de frondosidades enajenadas;
sobre la caja cegadora de escarabajos sin copetes alarmistas,
flameando sus calcetines rotos, con celos de duendes claustrofóbicos en los
desvelos impresionados.

La viudez con flores señoriales de confiada compañía,
que atraviesan, sollozando,
el callejón del duraznillo que patalea,
protegida por sillas quinceañeras,
como muebles ahorcados y tapices ilesos
como cascabeles cornudos;
es lo mismo que si yo digo:

"¡Tierra flaca que discurre novedades cabalgando!"

Se quiebran todos los corazones de los muertos
de voluntad atlántica.

¡Almanaque de azafrán al saborearlo!

"¡Gime, que gime en su aventura!"

Ay, llanto discriminatorio,
aislado con axiomas de discordia viradas y
algebraicas, de iolitas licenciadas, se acercan a
soplar el impulso de la muerte, van como diciendo
"¡Al pan pan, al vino vino!" cuando toca la campana
de países automáticos, a conquistar el ding dong de la vida.

Ivette Mendoza Fajardo

Fragmentos Otoñales

Como una locomotora cegada por la niebla,
la geografía de los pernos puntiagudos labra senderos eluctables
entre el aroma del geranio amistoso y
el silencio sabatino de las súplicas.

Nadie ofrece, nadie palpa la suavidad del satén
en el consuelo.

Las cítaras del sollozo perfoliado
están exhaustas, hasta el punto de derramarse
sobre una nueva luna de espejo musical que cruza por el aire
buscando miradas en callejones desvencijados.

La avenida clama en soledad silvestre,
y entre los escombros que devoran las manías de una figura,
de cera selenita, se desvanece, pero,
¡aún flamea un estandarte hacia la abundancia inusitada de besos
con investiduras casuales!

¿suplico absorta por un alba pacífica y duradera?

En un compartimiento lleno de fragmentos otoñales,
las rocas de la afonía chocan entre sí, transversalmente
y un crepúsculo altisonante y ciego se pierde entre tus brazos.

Ivette Mendoza Fajardo

Castañuelas que Fuman Mareas Ambarinas

Agazapadas fuman las castañuelas;
en los jardines armónicos del refugio, fonetistas
corren y emergen, hongos del calambre humorístico.
El yodo mundificativo estremece, oblicuo, desconcertante,
como vientos que carcomen la densa fantasía orgánica.
La llovizna multiplica, cultiva, multiplica acuarios pioneros de
rugosidades y no cesa de anochecer, y no cesa de anochecer...
Las pipas calientan sus manos tridentinas en las
colillas del resquicio que despide, corpulento, inmenso, tosco,
el bisonte acaudalado,
y unos torpedos humildes cantan discretamente sobre un triciclo inútil.
Una incontenible ola gaseosa, una incontenible marea ambarina
envolviéndome con sus silbidos fragmentados,
envolviéndome con sus alas de inercias agotadas
cayendo de cabeza contra la orilla, y recogiendo su revoloteo protector.
Morando en esferas, los oblicuos esqueletos, cenicientos, nocturnos rincones,
?cuadrículada, cuadrículada ilustración de los primeros temores?,
los arácnidos sillones condensan el sentido del universo escribiendo
décimas en el aire.

Ivette Mendoza Fajardo

Pausas Humedecidas y Acuarteladas

Vida ahora, risueña, excesivamente buena?
extrañeza en lo cotidiano, justificando bolsillos oscuros
de sopor distante, embotellando ácidos quisquillosos
junto a la luz fragante y supersónica que vela y derrama
dramas bizcos, consignas blanquecinas.
Hueso milenario lloriquea, cascarón roto de
preceptos solares consumidos bajo chaquetas
bondadosas?rodando la roca mortuoria,
frente al vasto mar del subconsciente.
Abandono y tristeza, desesperación palpable,
sonidos de riqueza terrenal, sin pausa, acuartelados,
sueños malintencionados capturan breves instantes,
aguas domesticadas, sienes humedecidas.
Asombro en sordera creativa, sobre tejados periodísticos,
termómetro pecador retorna?cada tarde,
cíclico como olas de pixeles escorbúticos y petrificantes
inevitable, la caricatura de un barco anclado en el pecho.
Espero?vidrio trascendental sobre hollín escalonado,
soberanía en volantines errantes, ocultos
en el centro de una vida interlineal,
la sombra internacionalista se fusiona en añil urbanístico,
se funde con el vaho de siglos olorosos de uvas arbitrarias.
Ivette Mendoza Fajardo